# DAVID FOSTER WALLACE

El tenis como experiencia religiosa





Lectulandia

«La belleza humana de la que hablamos aquí es de un tipo muy concreto; se puede llamar belleza cinética. Su poder y su atractivo son universales. No tiene nada que ver ni con el sexo ni con las normas culturales. Con lo que tiene que ver en realidad es con la reconciliación de los seres humanos con el hecho de tener cuerpo».

David Foster Wallace fue en su juventud un avezado jugador de tenis y durante un tiempo llegó a plantearse incluso la posibilidad de inscribirse en el circuito profesional de su país. No es extraño, por consiguiente, que dedicara al deporte de la raqueta tantos textos a lo largo de su vida. Escritos con la pasión desbordada y el entusiasmo contagioso tan propios de Foster Wallace, en los dos estupendos artículos que reunimos en este volumen, publicados en 1996 y 2006, nos asomamos a los entresijos del US Open, y asistimos a la rivalidad entre Roger Federer y Rafa Nadal, dos tenistas con personalidades y formas de jugar opuestas.

## Lectulandia

**David Foster Wallace** 

# El tenis como experiencia religiosa

ePub r1.0 Titivillus 13.07.16 Título original: Federer as Religious Experience - Democracy and Commerce at the U. S. Open

David Foster Wallace, 1996 Traducción: Javier Calvo

«Federer en cuerpo y en lo otro» fue publicado originalmente como «Federer as Religious Experience»

en The New York Times, 2006

«Democracia y comercio en el Open de Estados Unidos» («Democracy and Commerce at the U. S.

Open») fue publicado originalmente en Tennis, 1996

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

# más libros en lectulandia.com

#### DEMOCRACIA Y COMERCIO EN EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS

Ahora mismo son las 15.30 del 3 de septiembre, el domingo del Fin de Semana del Día del Trabajo, esa festividad que ha llegado a representar el corchete derecho del verano americano. Pero además, el F. de S. del D. del T. siempre cae en medio del Open de Estados Unidos;<sup>[1]</sup> coincide con las rondas tercera y cuarta, la chicha del torneo, el momento de la guerra de trincheras y de los apellidos largos y complicados. Ahora mismo, en la Pista Estadio del Centro Nacional del Tenis —un altísimo hexágono<sup>[2]</sup> cuyos lados N, S, E y O tienen carteles exteriores que dicen: «LA USTA LES OFRECE EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS DE 1995: ¡BIENVENIDOS!»—, ahora mismo un auténtico mar interior de gafas de sol y gorras se eleva en la Pista Estadio para aplaudir mientras Pete Sampras y el australiano Mark Philippoussis salen a la pista, a la hora señalada, para combatir. Los dos salen con sus bolsas de deporte de colores vivos y acompañados por sus malcarados guardaespaldas del servicio de Seguridad. La acústica de los aplausos es ensordecedora. Desde aquí abajo, cerca de la pista, si uno levanta la vista, el Estadio parece tener forma de enorme pastel de bodas, y en cuanto uno rebasa las laderas más suaves que son los palcos, las gradas de aluminio parecen ascender por todos los lados de forma casi vertical, tan vertiginosamente abruptas que da la impresión de que un solo paso en falso en alguna de la escalinatas superiores equivaldría a una muerte segura y espantosa. El árbitro se sienta en lo que parece ser una silla de socorrista provista de pequeños estribos delanteros de metal para poner los pies,[3] provisto de micrófono de diadema y gafas Ray-Ban y de algo en la mano que o bien es una tablilla sujetapapeles o bien un ordenador portátil. La pista de superficie dura DecoTurf es un rectángulo verdoso delimitado por la bien conocida configuración de líneas muy blancas inscritas en un rectángulo verdoso mayor. Y mientras los jugadores cruzan la pista de este a oeste en dirección a sus sillas de lona, los fotógrafos y los cámaras convergen y se apiñan a su alrededor como moscas apiñándose en torno a lo que les gusta a las moscas; los jugadores no les hacen ni caso de esa forma en que sólo la gente muy acostumbrada a las cámaras es capaz de no hacerles ni caso. El público sigue de pie y aplaudiendo, una masa de color pastel de más de veinte mil personas. A tres butacas de distancia de mí hay una mujer con sombrero de paja blando charlando por el teléfono móvil; el hombre que tiene al lado está intentando aplaudir mientras sostiene un paquete de palomitas y no para de perder palomitas por el lado de estribor del palco. Los marcadores que hay en los bordes N y S del Estadio están emitiendo anuncios puntillistas de neón de EVIAN. Sampras, con su mala postura y su pecho estrecho, sonriendo tímidamente hacia el suelo, con los pantalones cortos de color azul pastel ondeándole en torno a las rodillas, tiene un poco de pinta de niño vestido con la ropa de su padre.<sup>[4]</sup> A Philippoussis, que realmente es un niño en el sentido cronológico, se lo ve colosal y hecho de esteroides cuando camina junto a Sampras. Philippoussis mide metro noventa y cuatro, pesa noventa kilos y ahora está cruzando la pista con esas zancadas torcidas hacia dentro que dan los tipos corpulentos cuando intentan no caminar pesadamente, vestido con una de esas camisetas Fila a rayas rojas y blancas que les gusta llevar a muchos jóvenes australianos. El sol de media tarde está en las alturas O-SO, en medio de un cielo tan límpido que casi se oye la combustión del sol, y las cabecitas diminutas de los espectadores situados en lo más alto de las gradas del O se encuentran tan cerca del borde inferior redondo del sol que dan la sensación de estar a punto de inflamarse. Los jugadores dejan caer las bolsas alargadas y empiezan a hurgar en ellas. Sus raquetas vienen en precintos de plástico que ahora les toca abrir. Se sientan en sus sillitas, mirando juntos las facetas de sus raquetas e inclinando las cabezas para escuchar sus instrucciones. Los cámaras que los rodean se dispersan cuando lo ordena el árbitro, algunos de ellos seguidos de estelas de cable. Los recogepelotas recogen trocitos de envoltorio de raqueta de debajo de las sillas de los jugadores.

Una mujer que se desplaza profesionalmente de lado por delante de los asientos de la fila que queda justo debajo de la mía lleva una camiseta que aconseja a todos los espectadores que tienen que Jugar Duro porque la Vida es Corta. El hombre que va cogido de su brazo lleva una camiseta (demasiado grande) de diseño exclusivo con imágenes de papel moneda americano. Un ujier firme/agradable los detiene en mitad de la fila para comprobar sus entradas. Hoy hay mil quinientos ciudadanos del municipio de Queens empleados en el Open de Estados Unidos. Trabajo de fin de semana. Los ujieres montan guardia junto a sus gruesas cadenas desplegadas de lado a lado de los túneles de la Pista Estadio, todos con pantalones de lona y camisas de botones. Los tipos de Seguridad (todos hombres corpulentos, sin un solo cuello o sonrisa a la vista) llevan camisas de punto de color amarillo limón que no les disimulan precisamente la panza. El chicle en la boca parece formar parte del equipamiento estándar del personal de Seguridad. Los recogepelotas<sup>[5]</sup> llevan ropa Fila azul y blanca, mientras que los jueces de línea y árbitros llevan unas camisas de rayas verticales negras y rojas que les dan pinta de jueces muy molones de deporte de élite. Se supone que la Pista Estadio tiene capacidad para 20 000 personas y aquí hay por lo menos 23 000, la mayoría venidos para ver a Pete. Si hubiera vigas habría gente colgando de ellas, y muy asombrado me quedaré si antes de que se acabe el partido no se produce ningún desastre como que alguien se caiga entre gritos por las escaleras o se despeñe por el borde del muro. El público que está aquí abajo en las inmediaciones de la pista tiene en su mayor parte un aspecto adulto y concentrado: en los palcos y en las gradas inferiores más caras se ven corbatas, mocasines sin calcetines, pantalones de tela elegantones, jerséis con las mangas atadas sobre el pecho, canotiers de paja, gorras de pescador de L. L. Bean, gorras blancas con marcas estampadas, tops enjoyados, tacones altos y resplandecientes sombreros femeninos de ala ancha; luego las indumentarias se van informalizando de forma muy gradual a medida que la supervisión estilística viaja hacia arriba (más y más) por los asientos cada vez más baratos, hasta encontrar en las secciones vertiginosamente altas de las gradas las típicas camisetas de rejilla, gorras con soportes para latas de cerveza, neveras y escupideras improvisadas habituales en los acontecimientos deportivos de Nueva York, los tops sin espalda, la laca de uñas fluorescente y las chanclas de goma, y por supuesto los correspondientes ruidos toscos de los espectadores neoyorquinos que a veces descienden de las alturas. [6] Parece ser, sin embargo, que más del cincuenta por ciento de las entradas del Open de este año fueron vendidas anticipadamente a empresas, a quienes les gusta usarlas para cultivar clientes así como para entretener a sus ejecutivos, y ciertamente el público de la parte baja del Estadio tiene un algo indefinible que evoca poderosamente matrículas de Connecticut y céspedes muy verdes. En resumen, el aura socioeconómica que impera aquí de cara al partido estrella de la jornada no es un aura de gente obrera sino de dirección corporativa.

Las sombrillas de los jugadores y sus sillas y sus enormes barriles de bebida con la palabra EVIAN estampada están a ambos lados de la silla del árbitro, en la base del acantilado oeste de la Pista Estadio, dentro de una sombra fina y alargada que ondula cuando se mueven las cabezas de la gente de arriba del todo, y en esa sombra se está fresco: también estoy fresco yo, a la sombra del tipo muy corpulento que tengo al lado, vestido con un precioso traje de tres piezas de pana azul y tocado con lo que parece ser un enorme sombrero mexicano; la luz del sol, sin embargo, es veraniega, el sol (como ya he mencionado) es explosivo, y parece inflarse a medida que baja, a las 15.35, posicionado a unos 40° por encima de las almenas del lado O del Estadio; y la Pista Tribuna, anexa al flanco E de la Pista Estadio, está cortada por la bien conocida sombra que proyecta la Tribuna por la tarde y que Jim Courier está usando ahora mismo para destrozar a Kenneth Carlsen ante las miradas de la gente que está comiendo en el Racquets (el restaurante acristalado, de entrada imposible y construido en el muro que separa el flanco O de la Pista Tribuna del E de la Pista Estadio), y de los más de 6000 espectadores que hay allí, gran parte de cuyos silbidos y aplausos nacionalistas se cuelan en el redil sonoro de la Pista Estadio y le confieren una especie de banda sonora surrealmente incongruente a los raquetazos de calentamiento de Sampras y Philippoussis. Sampras le da a la pelota con esa economía despreocupada con que los auténticos profesionales de élite parecen calentarse, esa despreocupación serena de que hacen gala las criaturas que están en lo más alto de la cadena alimentaria. Dejando de lado la presencia del campeón de Wimbledon, esta tercera ronda presenta el romanticismo añadido de que en ella se enfrentan dos griegos, ninguno de los cuales es de hecho de Grecia, una especie de guerra del Peloponeso posmoderna. Philippoussis, que sólo tiene dieciocho años y es pareja de dobles de Patrick Rafter, ha entrado en el Top 100 en su primer año en el circuito, tiene potencial de superestrella y ya es un rompecorazones;<sup>[7]</sup> se parece un poco a Sampras —tiene el mismo revés con una sola mano y el mismo retroceso curvado del brazo para preparar el drive, la misma piel de color café con leche, cejas

de Groucho y pelo muy negro que le reluce con el sudor—, pero el australiano es más lento de pies, y en contraste con la extraña elegancia elástica de Sampras, parece casi torpón, peligrosamente corpulento, cuadrado de espaldas de esa forma en que es cuadrada de espaldas la gente que tiene problemas de columna. Además, parece tener problemas de agresividad sin resolver: le pega a la pelota todo lo fuerte que puede hasta en los calentamientos. Parece un bruto, el tal Philippoussis, un espartano, un especialista en tiros fuertes de fondo<sup>[8]</sup> grande, lento, mecánico y de mirada gélidamente maliciosa; y enfrentado a él, Sampras, que no es precisamente un especialista de globos altos, parece casi frágil, cerebral, poeta, al mismo tiempo sabio y triste, cansado de esa forma en que sólo se cansan las democracias, con una expresión cargada de la misma melancolía extraña post-Wimbledon que lo lleva agobiando todo el verano a su paso por Montreal, Cincinnati, etcétera. Con permiso del épico partido de 2-6 6-2 4-6 6-3 7-6 (7-5) que ganó Thomas Enqvist en la primera ronda contra Marcelo Ríos, y de la agónica victoria de Agassi en segunda ronda contra Corretja, resulta tentador considerar este partido que estamos a punto de presenciar como el clímax de lo que llevamos de Open: dos rivales étnicamente emparentados y arquetípicamente enfrentados, una oposición no sólo de estilos de juego sino también de orientaciones fundamentales hacia la vida, la imaginación, los usos del poder... además, claro, de los intereses económicos.

Los cuatro muros que rodean la Pista del Estadio están cubiertas de una especie de lona de color azul cloro, [9] y en ella, rodeando a la pista, se pueden leer en letras blancas los nombres propios FUJIFILM, REVISTA REDBOOK, MASSMUTUAL, LA USTA LES OFRECE EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS 95, CAFÉ DE COLOMBIA (que viene con un contorno tramado de Juan Valdez y su fiel burro), INFINITI, TAMPAX y demás.[10] Siempre se dice que el tenis profesional es un deporte internacional, pero sería más preciso llamarlo un deporte *multinacional*: hablando en términos fiscales, existe principalmente como subdivisión de *marketing* de una serie de corporaciones enormes, y no sólo de los gigantescos conglomerados que financian el circuito como IBM o Virginia Slims. El núcleo duro de los ingresos de la mayoría de jugadores profesionales viene de las marcas patrocinadoras. Absolutamente todos los locales y artículos de equipamiento asociados con los torneos profesionales llevan alguna clase de anuncio. Hasta los nombres oficiales de la mayoría de torneos profesionales ya son nombres de empresas que han pujado para ser su «patrocinador titular»: el Open de Canadá de este año era el «Open Du Maurier Ltd.» (nombre de una empresa tabacalera canadiense), mientras que el de Munich era el «Open BMW», el de New Haven era el «Internacional Volvo» (el año que viene será el «Internacional Pilot Pen»), el de Cincinnati el «Campeonato ATP Thriftway», v etcétera. El Open de Estados Unidos, [11] como es un campeonato nacional v del Slam, no tiene un patrocinador titular, a diferencia de Munich o Montreal; sin embargo, en lugar de restarle comercialidad al torneo, su condición de Grand Slam únicamente hace que sea más mareante todavía la cantidad de subvenciones comerciales que recibe. El Open tiene un patrocinador oficial no sólo para el torneo en sí, sino también para cada uno de los diversos *eventos* individuales del torneo: Infiniti patrocina el trofeo masculino individual, *Redbook* el femenino, MassMutual el juvenil masculino, y etcétera.<sup>[12]</sup>

El árbitro acaba de ordenar que empiece el partido y Sampras está listo para el saque, levantando la punta del pie adelantado con esa forma característica suya de tomar el impulso ascendente del saque. Es la primera vez que veo jugar en directo a Sampras y me doy cuenta de que es un atleta mucho más atractivo de lo que parece en televisión. No es especialmente alto ni musculoso, pero su servicio tiene un efecto casi wagneriano, y desde tan cerca se puede ver que es porque Sampras posee una combinación mágica de flexibilidad y sincronización que le permite poner toda la espalda y el tronco en juego en el servicio —puede dar un latigazo con el cuerpo entero en vez de únicamente con la muñeca—, y que esto tiene algo que ver con la forma encorvada y como agachada con que inicia el movimiento del saque, levantando únicamente la punta del pie adelantado y usando la parte superior de la raqueta como punto de mira, como si estuviera manejando una ballesta, una serie de movimientos que por la tele resulta excéntrica y llena de tics, pero que en persona hace que su cuerpo entero parezca un enorme músculo alargado, una especie de anguila enfadada que se prepara para retorcerse. Philippoussis, a quien entre punto y punto le gusta hacer un bailecito sin moverse del sitio —tal vez para recordarse a sí mismo que puede moverse si le hace falta— espera el servicio con la cara completamente inexpresiva. La banda elástica del pelo le hace juego con la camisa de rayas. Ahora las pantallas de los marcadores ya no están puestas para emitir anuncios sino para seguir el resultado del partido. El nombre de Philippoussis se come una sección horizontal enorme de cada marcador. El muro que separa la Pista Estadio de la Pista Tribuna (o sea, a nuestro lado E) está rematado por el palco de la prensa, que discurre a lo largo de todo el muro y básicamente tiene pinta de ser la autocaravana más grande del mundo, con las persianas tintadas de los ventanales bajadas a modo de protección del sol de la tarde. Los primeros tres puntos son un ace, un punto de saque-devolución y un peloteo largo que termina cuando Philippoussis se acerca a la red para hacer un tiro que no va del todo exactamente a la esquina del revés, lo cual permite que Sampras arree una pelota en ángulo cerrado e increíblemente liftada que sobrepasa a su oponente para caer en la parte izquierda del cuadro de saque. La ferocidad del revés de Sampras es otra de las cosas que la tele no transmite bien, y su control de la cabeza de la raqueta se parece más bien a la de esos especialistas fornidos en tierra batida que tienen unos antebrazos como piernas de carnero asadas, y su efecto liftado es tan fuerte que distorsiona la forma de la pelota mientras el pase desciende en picado como algo que cae desde las alturas. El malévolo pero ciborgiano Philippoussis todavía no ha dejado escapar nada parecido a una expresión facial. Tampoco parece que transpire.<sup>[13]</sup> Dos tipos mayores sentados en la fila de detrás de la mía están exhortando a Sampras en voz baja, dirigiéndose a él como

«Petey», y yo no puedo evitar pensar que son amigos de su familia o algo parecido. E instalado sobre el palco de prensa —y por tanto más o menos a la altura de una antena de emisora de radio— está el anuncio que hace el Open de Estados Unidos de sí mismo. Se trata de una impresión puntillista gigantesca en tonos pastel del público de la Pista Estadio del CNT desplegado alrededor de una pista de tenis también gigante, con la perspectiva grotescamente acortada, y con el famoso skyline de Manhattan elevándose justo detrás, pese al hecho de que decididamente no se ve nada parecido desde el verdadero Flushing, Queens; y luego, por encima y más allá del anuncio se encuentra ese enorme calabacín que es el dirigible de Fuji Inc., flotando lentamente sobre el trasfondo de color azul mar del que es con diferencia el mejor cielo estival que he visto nunca en la ciudad de Nueva York. En este fin de semana del Día del Trabajo no sólo no hay humedad en el aire y el termómetro ronda los treinta grados, sino que el aire está *limpio* y emite un olor agradable, intenso y dulce, como el olor de la ropa recién lavada y colgada a secar, resultado no sólo de un mes entero sin lluvia, [14] sino también del extraño frente de altas presiones que ha bajado este fin de semana trazando una espiral desde las capas altas de la atmósfera de Nueva Escocia y está empujando hacia Nueva Jersey los óxidos y los efluvios que le corresponderían a Nueva York. La bolsa de aire del Estadio se va despejando y enrareciendo a medida que sube uno por las gradas, hasta que, si uno se pone de pie sobre la nevera Michelob que alguien ha entrado de extranjis, en la hilera superior de la tribuna,<sup>[15]</sup> y se asoma por encima del muro en dirección este, más allá del borde del palco de prensa, justo encima del enorme letrero que dice

## | BIENAENIDOS| EF OBEN DE ESTADOS UNIDOS DE 1995: FRIENAENIDOS|

podrá ver cómo van llegando, Ellos, una enorme muchedumbre serpenteante, el público, todavía llegando a las 16.15, y desde esta altura parece que lo componga toda la población de la ciudad de Nueva York que todavía no se ha retirado a los Hampton para pasar el fin de semana largo de verano. El Open de Estados Unidos es muy importante para Nueva York. Dinkins ya no es alcalde —aquel Dinkins que solía cambiar las rutas de aterrizaje del aeropuerto sólo para el Open—, pero incluso con Rudy Giuliani, una ciudad a la que normalmente le importaría dos pimientos un deporte tan patricio y carente de contacto físico como el tenis se mete durante dos semanas en ese deporte hasta las cejas. En el Bowery Bar, un grupo de arbitrajistas bursátiles treintañeros disecciona varios partidos masculinos y especula acerca de cómo la retirada temporal de Seles va a afectar a sus contratos de patrocinio comercial ahora que ha vuelto. Los porteros croatas se lamentan de la eliminación prematura de Ivanisevic. En el metro, un grupo de chicas duras vestidas de cuero y

con el pelo fluorescente se muestran de acuerdo en que aunque Graf y Seles y la española esa que se apellida «himen» no sé qué<sup>[16]</sup> son las mejores, no hay que descartar ni por un milisegundo a la americana Zina G., porque este es su canto del cisne antes de su más que probable retirada. O, por ejemplo, el viernes 1 de septiembre, el día después de la venganza en cinco sets que se cobró Agassi contra Corretja, un conductor libanés del autobús de la Grey Line procedente de La Guardia y un viejo pasajero con un puro apagado en boca que no se conocían de nada hicieron migas gracias a sus valoraciones coincidentes de la rehabilitación de Agassi como hombre:

- —Antes era un puñetero mocoso arrogante, me entiende usted, ¿verdad?
- —Lo que está usted diciendo es que ha crecido. Ahora tiene pelotas.
- —Anoche jugó un partido magnífico. Eso estoy diciendo.
- —Antes no era más que un melenudo. Ahora ha crecido. Ahora es una *persona*.

En suma, están viniendo, ayer 40 000 y hoy 41 000, dispuestos a apoquinar entre 25 y 30 dólares por entrada, y eso si pueden conseguirla. [18] Vienen a bordo del infernal y estigio metro de la IRT hasta el final de la línea 7, bajándose en la parada de Shea-Willets. Convergen en el NE de Queens procedentes de las autopistas Van Wyck, Long Island y Whitestone, de la Interborough, la Grand Central Parkway y la Cross Bay, trayendo un buen pellizco en metálico y cualquier medalla religiosa que ayude a encontrar plaza de aparcamiento. Los moradores de la ciudad se desplazan en limusina, taxi o autobús por los cañones vacíos de Manhattan, rumbo a la calle Treinta y seis y el Túnel o bien a la Cincuenta y nueve y el puente de Queensborough, y luego viajan durante una eternidad<sup>[19]</sup> por el Bulevar Norte, trayendo neveras y mantas y raquetas y cojines para sentarse que tienen estampadas las palabras GIANTS y JETS y filtro solar y gorras de recuerdo del Open del año pasado, todos por el Bulevar Norte, bajo el tráfico aéreo circular, hasta que empiezan a aparecer las construcciones señeras: el redondel achaparrado de color azul-neutrón del cercano Shea Stadium; el enorme astrolabio de acero y la torre con forma de juego de construcción infantil de la Exposición Universal del 39 que hay anexos al Centro Nacional del Tenis del Flushing Meadow Corona Park;<sup>[20]</sup> o bien (en el caso de quienes vienen del S-SW) el gigantesco exoesqueleto de un nuevo complejo de pistas del CNT, incompleto y profundamente extraño desde la perspectiva de la Grand Central Parkway, una enorme caja torácica desnuda que se eleva sobre campos de tierra sin pavimentar y solares caóticos en obras y los vertederos de la New Style Waste Disposal Co., con tres enormes grúas inclinadas e inmóvilmente erguidas sobre el trasfondo del horizonte septentrional. Durante este fin de semana del Día del Trabajo, en el nuevo complejo no hay nadie más trabajando que un par de empleados de seguridad tristemente aburridos que patrullan con cascos de obra por dentro de la verja del solar.

La Entrada Principal del CNT está en el lado NE del recinto, conectada con la

parada del metro de la línea 7 y con los aparcamientos por medio de un ancho paseo asfaltado que lleva desde las estaciones residenciales hacia el sur, pasando frente a las oficinas de los cuidadores del parque y junto a un par de plazas comunitarias abiertas y circulares —la clase de enclaves urbanos que parece que deberían tener fuentes en el centro, pero éstas no las tienen—, provistas de bancos de color verde, complejas maniobras de monopatines y siniestros comercios subterráneos. En un momento dado, el paseo traza una curva abrupta hacia el oeste que permite a las multitudes caminantes del Open ver a los visitantes del FMC Park enfrascados en sus pícnics y partidos de fútbol (a fin de cuentas, «meadow» quiere decir «pradera»); la recta final del paseo asfaltado está flanqueada de vallas altas coronadas por banderas de todas las naciones a medida que se acerca a las líneas paralelas que señalan el acceso a la Entrada Principal del torneo, una entrada que cuenta también con vallas de hierro negro y tiene un aspecto de infranqueabilidad casi medieval y está coronada por banderas exclusivamente americanas, con el ya familiar letrero de bienvenida y autoafirmación de la USTA y el Open estampado en rotundas y chillonas mayúsculas de 160 puntos sobre una pancarta que cuelga encima de los tornos, unos tornos de los que hay un total de seis pero nunca funcionan más de tres simultáneamente. Los tornos son únicamente para la gente que ya tiene entrada:<sup>[21]</sup> la cola de longitud digna del Bloque del Este que se forma por las mañanas para comprar entradas ante las taquillas se evapora todos los días sobre las once, cuando los severos mensajes de la megafonía anuncian que se han agotado las entradas del día.

Además de la Pista Estadio y la Pista Tribuna, en el CNT hay otras tres «pistas de exhibición», es decir, pistas que tienen un porrazo de gradas. A las 16.40, la Pista 16 es el escenario del torneo de dobles masculinos con Eltingh-Haarhuis, la pareja número 1 mundial, y su pequeña cuña de gradas de aluminio ni siquiera está llena. Los aficionados americanos al tenis parecen preferir decididamente los torneos individuales. En la Pista 17 están Korda y Kulti contra el Loco de las Bahamas, Mark Knowles<sup>[22]</sup> y su pareja de este año, Daniel Nestor, el canadiense al que resulta divertido mirar por lo mucho que se parece a Mick Jagger con anorexia. [23] En la pista 18 hay partido de dobles femenino con cuatro jugadoras cuyos nombres no me suenan de nada y exactamente treinta y una personas en las gradas. (Las cuatro jugadoras de la 18 tienen los antebrazos más grandes que los míos). Natasha Zvereva, a quien parece que le falte algo cuando no está con Gigi, se está calentando para enfrentarse a Amy Frazier en la Pista Tribuna. En la Pista Estadio, Philippoussis y Sampras han ganado cada uno un set, 6 a 5. Los sonidos que salen de la Pista Estadio cuando se está jugando un partido importante son breves estallidos de aplausos y silbidos que sacuden los puntales, seguidos por la extraña voz amplificada y monótona del árbitro hablando en medio del silencio abrupto que crean sus palabras. El apellido de Daniel Nestor, aunque también helénico, es homérico, [24] y por tanto

alude a una confrontación bélica muy anterior a la de Atenas contra Esparta. El hecho de que Sampras haya ganado tantos títulos del Grand Slam puede tener mucho que ver con el hecho de que los partidos masculinos del Slam se juegan al mejor de cinco sets. Los torneos al mejor de cinco requieren no sólo resistencia física sino también una especie de flexibilidad emocional: en los partidos a cinco sets no se puede jugar a plena intensidad todo el tiempo; hay que saber cuándo activarla y cuándo replegarse y conservar los recursos mentales.<sup>[25]</sup> Philippoussis ha ganado el tie-break de un primer set en el que daba la sensación de que Sampras estaba simplemente ajustando el motor de su juego, intentando encontrar el nivel exacto que necesitaba alcanzar para ganar. La intriga del partido no es tanto si Sampras va a ganar, sino cuánto va a necesitar esforzarse y cuánto va a tardar en averiguarlo. Philippoussis pega muy fuerte pero no tiene imaginación y todavía menos flexibilidad. Es como una máquina con una sola marcha; a menos que lo saquen de su ritmo por medio de un tiro muy abierto, se mueve exclusivamente siguiendo vectores de adelante y atrás. Sampras, por otro lado, parece flotar como si fuera caspa por toda la pista. [26] Philippoussis es como un ejército de tierra grande y terrible; Sampras es más naval, más de la escuela de acercarse con sigilo y rodear al rival. Philippoussis es oligárquico: él tiene su voluntad y busca imponerla. Sampras es más democrático, es decir, más caótico y también más humano. No hay mucha gente que recuerde que Atenas en realidad perdió la guerra del Peloponeso: Esparta tardó treinta años, pero terminó machacándolos. Ni tampoco hay mucha gente que sepa que fue Atenas quien *empezó* todo el jaleo metiéndose con unos aliados marítimos de Esparta que estaban colándose en el comercio naval ateniense. La imagen de tíos majos y formales que tiene Atenas es un poco exagerada: todo aquel rollo agotador siempre fue un problema comercial.

Lo divertido de tener un pase de prensa del Open de Estados Unidos 95 es que puedes entrar y salir por la Entrada Principal tantas veces como quieras. Los clientes de pago no tienen esa suerte: un letrero situado junto a los tornos dice PROHIBIDA LA ENTRADA DESPUÉS DE SALIR con muchos signos de exclamación. Y las colas para entrar por los tres tornos activos se parecen a esas tétricas fotos de muchedumbres que se pisotean en los partidos de fútbol del Tercer Mundo. El torneo ha contratado a un contingente de viejecillos arrugados para que estén de pie junto a los tornos y recojan las entradas de los asistentes: la misma clase de viejecillos arrugados que uno se encuentra en todos los tornos de entrada a eventos deportivos del mundo, de esos que siempre parece que deberían llevar sombreros fez de la orden de los Shriners. Ahora mismo, a las 17.38, está entrando por uno de los tornos un hombre negro, calvo y muy atractivo con un traje extremadamente elegante de tela de pelo de camello marca Dries van Noten. Empujando con la cadera el torno siguiente, [27] entra una mujer vestida con un traje pantalón de color azul eléctrico y hecho o bien de seda o bien de rayón de muy buena calidad. Frente al tercer torno activo, un tipo joven de aspecto extranjero, equipado con camisa de franela cara, gafas Ray-Ban y teléfono móvil se está discutiendo con el viejito que recoge las entradas en el torno. El tipo afirma que él compró entradas para el 3 de septiembre pero que se las ha dejado en su casa de Rye y que *ni de coña* le va a obligar un viejecillo recoge-entradas con sueldo mínimo a ir a Rye para buscarlas y luego volver hasta aquí. Lleva el teléfono móvil en la mano y se está acercando mucho al recoge-entradas: está claro, insiste, que hay alguna manera de verificar su condición de asistente con entrada sin necesidad de volver a casa a buscar esos estúpidos rectangulitos de cartón. El recoge-entradas, con un traje azul que le da un poco de pinta de revisor de tren, está sacudiendo la cabecita arrugada y tiene los brazos levantados con ese gesto a la vez impotente pero firme de «No te puedo ayudar, amigo». El joven de Rye con camisa de franela no para de abrir el móvil y ponerse a marcar con actitud amenazadora, como si estuviera apelando a una serie de figuras brumosas del Olimpo dirigente del Open con los que él tiene contacto para que se las hagan pasar canutas al recoge-entradas; sin embargo, el pequeño e impasible empleado se mantiene firme, con la cara inexpresiva y los brazos en alto, [28] hasta que la presión de la muchedumbre de asistentes que le viene por detrás y por el flanco obliga al tipo de la camisa de franela a retirarse del terreno.

Lo primero que uno ve al entrar por la Entrada Principal es una hueste de gente joven y extremadamente atractiva que reparte paquetitos gratuitos de papel de aluminio de Café de Colombia que sacan de unos barriles enormes que tienen estampados los contornos de Juan Valdez y su fiel burro. Todos esos chicos y chicas jóvenes, ninguno de los cuales es de extracción colombiana, se muestran risueños y extrovertidos, pero no parecen tremendamente despiertos, porque se dedican a regalarme muestras gratuitas cada vez que salgo y vuelvo a entrar, de manera que al final tengo la bolsa de los libros atiborrada de muestras y no me va a hacer falta comprar café en varios meses. Lo siguiente que uno ve es a un voceador de pie sobre una tarima que apremia a la gente a adquirir un Calendario de Resultados de la Jornada por dos dólares<sup>[29]</sup> o bien la oferta programa + calendario por la módica suma de ocho dólares. Justo al lado del voceador hay un precioso automóvil Infiniti sin estrenar y colocado sobre un estrado complicado que pone al coche en una especie de ángulo espectacularmente descendente. No está claro qué relación se supone que hay entre un automóvil nuevo y flamante y el tenis profesional, pero la conjunción visual del coche y el ángulo descendente resulta extremadamente impresionante y atrayente, y alrededor del Infiniti siempre hay un denso corro de espectadores, que lo miran pero no lo tocan. [30] A continuación, más allá del hombro derecho del voceador y situado sospechosamente cerca de la Ventanilla de Venta Anticipada de Entradas, está el que tiene que ser uno de los cajeros automáticos no adosados más grandes de todo el Occidente moderno, provisto de su propio toldo, de tres estaciones dispensadoras distintas con controles de una sofisticación y complejidad dignas de la NASA y de letreros enormes que indican que el cajero automático se debe a la cortesía de CHASE y que está equipado para regurgitar dinero a través de las redes NYCE, PLUS, CIRRUS y MASTERCARD de retirada

automática de dinero. Las colas para el cajero automático son tan largas que se entretejen de forma compleja con las colas de las casetas más cercanas. Estas casetas parecen haber experimentado una especie de metástasis desde el año pasado: ahora están absolutamente por todo el recinto del CNT. Uno tiene la fuerte sospecha de que la forma verdadera de adquirir una caseta en el Open de Estados Unidos debe de requerir niveles de intriga y astucia que harían palidecer por comparación los dramas que se viven sobre las pistas del torneo, porque está claro que la separación realmente importante entre los espectadores y su dinero tiene lugar en las casetas de servicios del CNT, todas las cuales están haciendo un volumen de negocio comparable con el que hacen las tiendas de comestibles y las ferreterías costeras durante las Alarmas de Huracán. Las pequeñas casetas independientes y con sombrillas de Evian y Häagen-Dazs son unas simples mindundis: hay verdaderos centros comerciales en miniatura de refrigerios flanqueando hasta la última acera, paseo y acceso del recinto —incluso el túnel anular de la planta baja que comunica la Pista Estadio con la Pista Tribuna—, y ofreciendo refrescos por dos dólares y medio o tres y medio, agua por tres dólares, y canastitas de cartón llenas de nachos o bien de patatas fritas en forma de disco entramado cuya grasa empapa inmediatamente la canastita, también por tres dólares; cerveza por tres dólares y medio, palomitas por dos dólares y medio, [31] etcétera. [32]

Ahora un bramido enorme que hace temblar toda la superestructura de la Pista Estadio indica que las fuerzas de la democracia y la libertad humana han ganado el tercer set.<sup>[33]</sup> Está bastante claro que Sampas ha encontrado su altura de crucero y que Philippoussis va a coger el primer set que ganó, lo va a guardar bien y se va a marchar a su casa a hacer más abdominales a modo de preparación para la temporada indoor de la ATP.

No sé quién es un tal señor o señora Feron, pero está claro que debe de ser una figura investida de un poder temible en la industria de las concesiones deportivas de Nueva York, porque un 80 por ciento largo de casetas del Open 95 tienen letreros que ponen FERON. Y eso que no hablo únicamente de las concesiones de productos alimentarios —cuyas casetas tienen nombres distintos pero todos sus trabajadores por igual parecen llevar camisa de color azul claro con la palabra FERON—, sino también de las hileras interminables de casetas de souvenirs y artículos relacionados con el tenis que rodean cualesquiera de los Estrechos de Helesponto del recinto que no están flanqueados de casetas de comida. Los souvenirs realmente potentes y grandes se venden en el lado E de la Pista Estadio, en una zona situada entre el Infiniti descendente y el Tablero de IBM que informa del decurso del partido. Hay raquetas, calzado, bolsas de deporte, chándales y camisetas en venta en las casetas respectivas de Yonex, Fila, Nike, [34] Head y William Serbin. Hay una caseta de la USTA que ofrece camisetas gratuitas de la USTA a los miembros de pago de la USTA (ser miembro carece básicamente de valor a menos que quieras jugar en los eventos deportivos de la USTA, en cuyo caso no tienes más remedio que hacerte miembro). Sin embargo, cualquier artículo que incluya una mención al «Open de Estados Unidos 95» se vende exclusivamente en las casetas de FERON. Entre estas casetas se cuentan las de «0/40 en FERON», «Sedas FERON del Open de Estados Unidos» y «Artículos especiales FERON del Open de Estados Unidos». No está nada claro qué significa lo de «especiales» en términos de precio: las camisetas del Open de Estados Unidos 95 valen veintidós y veinticinco dólares. Los tops todavía más. Las viseras, de dieciocho dólares para arriba. Las sudaderas valen cuarenta y nueve dólares y cincuenta y cuatro dólares, dependiendo de si son de esos colores polvorientos y lavados al ácido que tanto se llevan este año.

También está claro que los canales de navegación comercial que discurren entre el FERON en sí y la Asociación de Tenis de Estados Unidos (USTA) están completamente abiertos, porque no hay ningún *souvenir* oficial de FERON que diga «Open de Estados Unidos 95» sin ponerle delante «La USTA les ofrece».

El recinto no se vacía exactamente entre el final de la tanda de partidos de primera hora de la tarde y el inicio de los de la tarde-noche, [36] pero las multitudes sí que se reducen un poco. Flushing Meadow se vuelve frío y bonito cuando empieza a ponerse el sol. Deben de ser las siete, esa hora en que el sol todavía no se ha puesto pero ya todo parece estar a la sombra de otra cosa. Cambia el turno de los recoge-entradas de la Entrada Principal y los consumidores que van por el paseo ya han cambiado los pantalones cortos y las chanclas por vaqueros y sudaderas. Las luces de todas las pistas del CNT se encienden a la vez con un «PLUM» enorme. La luz de la pista le confiere al vientre del dirigible suspendido de Fuji un extraño resplandor fantasmagórico. Ahora se está sirviendo comida más seria, tipo cena y compuesta por los cinco grupos alimentarios, en el International Food Village y en las Zonas de Acogida de Empresas. Sampras y Philippoussis han abandonado el terreno de la Pista Estadio, Sampras con su escudo a cuestas y el australiano sacado en volandas encima del suyo (por decirlo así). Ahora en la Pista Estadio se están calentando Arantxa Sánchez Vicario y Mary Joe Fernández mientras el público de las gradas intenta bajar tambaleándose las escaleras muy despacio para salir, cargando con sus neveras y sus cojines, mostrando un aspecto simultáneamente quemado por el sol y helado. En la Pista Tribuna está a punto de empezar un partido de dobles mixto que tengo muchas ganas de ver porque uno de los equipos del programa tiene el maravilloso nombre de «Boogert-Oosting». En las pistas 16-18 están teniendo lugar varios partidos individuales tangenciales, y algo que resulta divertido es acercarse a esas Pistas de Exhibición pero no entrar del todo en ellas para sentarse en las pequeñas tribunas, sino quedarse de pie en el camino que rodea las Pistas de Exhibición y mirar a través de la pequeña franja de verja descubierta que hay cerca del suelo para captar los movimientos de los pies de los tenistas y tratar de extrapolar a partir de esos movimientos qué está pasando en cada punto en disputa. Por debajo de la mampara de la Pista 16 se ve un par increíblemente grande de zapatillas deportivas que resulta

ser —cómo no— de Richard Kracijek, el holandés de metro noventa y cinco que juega como una grulla loca. En las manos tengo un perrito con chucrut de cuatro dólares y un refresco que me encantaría encontrar un sitio aislado para consumir.

En el exterior de la Entrada Principal no se hace un silencio total cuando por fin anochece. Para empezar, la inmigración y emigración combinadas de los públicos de las distintas sesiones provoca que el paseo que va de la Entrada a la parada del metro y a los aparcamientos parezca la caída de Saigón. Y en especial, lo que no reina para nada aquí fuera es el silencio *económico*. No sé si esta revista querrá publicar un sumario de lo que pasa fuera del recinto cuando el sol se pone, pero no veo por qué no, puesto que tampoco es ninguna sorpresa. Debido a que el Open de Estados Unidos 95 es principalmente —descaradamente— un evento comercial, y debido a que el comercio es por naturaleza incontenible, no debería resultar sorprendente que el comercio crepuscular más vigoroso esté teniendo lugar aquí fuera, al otro lado de las verjas y de la Entrada del torneo, en una serie de mercados de toda índole y color. En los últimos veinte minutos, por ejemplo, he recibido tres ofertas distintas para comprar maría (las tres a precios descabellados). El olor dulzón a pino quemado de la hierba impregna todo el aire del exterior, y un tipo con pantalones militares que le van grandes se está fumando un canuto en un banco justo al lado de un caballero entrado en años muy pulcro y bien vestido que está sentado con las manos unidas en gesto remilgado y sin dar indicación alguna de oler nada indebido.<sup>[37]</sup> Los revendedores han aumentado la presión de sus reclamos comerciales bajo las sombras cada vez más largas y están prácticamente aplicando llaves de cuello a cualquier transeúnte del paseo que tenga aspecto ni que sea remoto de estar buscando algo, aunque ese algo no sea más que un rinconcito tranquilo y aislado para comerse un perrito con chucrut.<sup>[38]</sup> Tal como se menciona más arriba, soy el orgulloso propietario de un pase de prensa del Open de Estados Unidos 95 —que consiste en un collar de cordel de nailon del que cuelga una tarjeta plastificada grande con una foto en la que salgo espantoso sobre el pecho, más o menos a la altura de la copa de degustación de un sumiller— y en dos ocasiones esta noche, estando fuera de la Entrada Principal, se me ha acercado alguien que quería que le prestara el pase de prensa y luego pasármelo de vuelta a través de la verja negra una vez él se encontrara dentro. Una de las ofertas era directamente un soborno, pero la otra procedía de un tipo canoso de aspecto distinguido y corporativo vestido con pantalones verdes de golfista y que me ha contado una compleja y lacrimógena historia de una sobrina con tuberculosis o algo parecido que había venido de visita por sorpresa a Nueva York desde muy lejos y cuyo mayor deseo era entrar en el Open de Estados Unidos, para el que las entradas estaban agotadas, etcétera.<sup>[39]</sup> He observado por lo menos a uno de los recogeentradas de los tornos (no al recoge-entradas de mirada pétrea de Throgs Neck) recibir alguna clase de sutil pago estilo maître de restaurante a cambio de permitir

que alguien entrara al CNT llevando algo que los espectadores no deberían llevar bajo absolutamente ningún concepto al entrar. [40] Si no tienes una entrada a la Pista Estadio pero sí eres un neovorquino curtido y provisto de recursos financieros, se dice que ciertos ujieres del Estadio (me lo han revelado dos fuentes fiables distintas) estarán dispuestos a colocarte en un asiento vacío —a veces un asiento vacío realmente deseable y cercano a la pista— a cambio de una tarifa subrepticia, y parece ser que un porcentaje de esa tarifa revierte a continuación a las manos de cierta persona o personas emprendedoras del Centro Nacional del Tenis que están al corriente de la existencia de una serie de asientos que por una razón u otra no se van a ver ocupados durante cierto intervalo y les comunican esta información a los ujieres (a cambio de un precio). Parte de la belleza del tenis que se ve aquí es la forma en que el arte y la energía de los jugadores se ven delimitados por ciertas líneas sobre el terreno de juego, pero la belleza del comercio consiste en que nunca se ve ni limitado ni delimitado. De noche, el fenómeno resulta hipnótico. Al ponerse el sol, el interior de cuero del Infiniti descendente es iluminado de forma misteriosa, de manera que visto desde lejos el coche parece un faro. Aparecen fogatas lejanas en las papeleras del FMC Park, y el interior del tren número 7 también está iluminado cuando llega a la parada no subterránea de Shea, situada al norte de aquí. Sobre las 20.15 se produce un altercado cerca del I. F. Village en el que se ve implicado un empleado sin escrúpulos/con iniciativa de la empresa que fabrica las camisetas, gorras y demás con la leyenda «Open Estados Unidos 95» estampada para las casetas de souvenirs, y es que parece ser que el empleado en cuestión ha desviado cajas y más cajas de camisetas y otras prendas y está yendo por el recinto vendiéndolas de tapadillo a precios muy inferiores a los precios de las casetas, [41] lo cual provoca que aparezcan dos empleados de Seguridad del C. N. T., además de un par de tipos incongruentes que parecen ser bomberos con impermeables y cascos de bombero. En conjunto, el público que viene a la sesión nocturna es más joven, escandaloso y potencialmente siniestro. Tienen expresiones más glaciales; los encuentros de miradas parecen peligrosos de la forma en que pueden ser peligrosos los encuentros de miradas en el metro. Las mujeres suelen llevar atuendos que te sugieren lo que puedes ver de ellas cuando no llevan atuendos.

Más sobre comida: todavía no se han mencionado las diversas estafas espontáneas relacionadas con la comida. Imaginen las oportunidades: no sólo están las casetas de precios inflados y pago en metálico, sino también las enormes carpas-cocina de las Zonas de Acogida de Empresas y del «Club del Open de Estados Unidos» para VIPs y demás, con el enorme chisporroteo y estrépito metálico procedentes de los preparativos a escala industrial que están teniendo lugar en estas cocinas situadas a lo largo del flanco sur de la Entrada Principal. Mejor no hablemos de los pequeños accesos situados detrás de las hileras de casetas de comida, de las entregas y extracciones furtivas y de aspecto no autorizado de cajas de gran tamaño y de las distintas transacciones y correteos que se ven. Contaré ahora un incidente concreto.

Cerramos con él el fin de semana del D. del T.:

Hay muchas veces en que hasta cuesta saber qué es lo que estás viendo suceder. En una de las enormes plazas comunitarias sin fuentes en las que desemboca el paseo de camino a la Entrada Principal —la plaza más cercana a la Entrada, en concreto—, uno de los bancos verdes de la plaza está controlado por los conductores de taxis ilegales y limusinas ilegales, que se dedican a esperar a cualquiera que salga y necesite que lo lleven en plan ilegal de vuelta a Rye, o a Rockaway o a donde sea. En el banco hay sentados media docena de estos tipos con sus boinas de taxistas, esperando, fumando puros, soltando paridas, etcétera. Ya debe de ser tarde, cerca de las nueve. Desde esta plaza se ven las lonas traseras de algunas de las cocinas industriales situadas en carpas. A través de una de estas lonas emerge ahora un joven bajito y fornido, tocado con el inconfundible gorro alto y el uniforme blanco de los empleados de cocina (aunque en los pies lleva unas Air Jordan de doscientos dólares tan nuevas que resplandecen bajo la luz ambiental del CNT, de manera que parece que esté flotando). El empleado de cocina sale ahora cargando con una caja de cartón baja y ancha por el acceso para prensa y empleados que hay en la Entrada, se acerca por el paseo y cruza la plaza en dirección al banco donde están los taxistas. Los taxistas empiezan a hacer gestos en plan: por fin, gracias a Dios. Uno de los taxistas se pone de pie y se reúne con el empleado de cocina; algo sutil ocurre entre sus manos que sugiere una transferencia de fondos; y ahora el taxista se trae la caja de vuelta al banco, donde el resto de conductores la rodean y la abren y revelan que la caja está llena de comida: hamburguesas, patas de pollo, salchichas, etcétera. Se oyen vagos ruidos de satisfacción procedentes de los taxistas mientras hurgan en el botín.

- —Menudo saqueo, joder —dice un hombre italiano y bien vestido que está sentado a mi lado en el banco.
  - —¿Cómo dice? —le pregunto.
- —Que están saqueándolo todo, hostia —dice el italiano bien vestido, indicando con un gesto de la mano al empleado de cocina, que ahora está regresando a toda prisa a la carpa-cocina, con la mano en el bolsillo.

El italiano tiene un purito con filtro en la boca y cara de asco y está reclinado en su asiento con las piernas cruzadas y los codos apoyados en la parte superior del respaldo del banco, de esa forma despreocupada en que los neoyorquinos curtidos se sientan en los bancos del parque. Tiene las cejas pobladas y lleva zapatos de vestir con cordones y traje de seda de raya diplomática y corte europeo de aquellos que llevaban los gángsteres de la era de Cagney. Casi te esperas verle un sombrero de fieltro blanco y una funda de violín. Pero cuando me da su tarjeta, resulta que es un hombre de negocios legal, del ramo de las concesiones alimentarias, que no ha venido aquí a recrearse/consumir sino a trabajar; está de reconocimiento con vistas a poner un par de casetas aquí en el Open del año que viene, cuando el nuevo estadio esté en funcionamiento y se prevean una asistencia y un comercio todavía más vigorosos. Las casetas que él abra venderán bocadillos griegos, me dice. Al final resulta que no

es italiano.

### FEDERER, EN CUERPO Y EN LO OTRO

Casi todo el mundo que ama el tenis y sigue el circuito masculino por televisión ha vivido durante los últimos años eso que se puede denominar Momentos Federer. Se trata de una serie de ocasiones en que estás viendo jugar al joven suizo y se te queda la boca abierta y se te abren los ojos como platos y empiezas a hacer ruidos que provocan que venga corriendo tu cónyuge de la otra habitación para ver si estás bien. Los Momentos Federer resultan más intensos si has jugado lo bastante al tenis como para entender la imposibilidad de lo que acabas de verle hacer. Todos tenemos ejemplos. Aquí va uno. Se está jugando la final del Open de Estados Unidos de 2005 y Fededer sirve ante Agassi al principio del cuarto set. Hay un intercambio medianamente largo de tiros de fondo, con esa forma de mariposa distintiva del estilo moderno de juego de fondo, durante el cual Federer y Agassi se dedican a hacerse correr el uno al otro de lado a lado, ambos intentando obtener el punto desde la línea de fondo... hasta que de pronto Agassi arrea un pelotazo cruzado de revés que desvía completamente a Federer hacia el lado del revés (= su izquierda), y Federer alcanza la pelota pero le da un revés bien corto, dejándola a medio metro de la línea de saque, que por supuesto es la clase de jugada que para Agassi es pan comido, y mientras Federer todavía está intentando dar marcha atrás hacia el centro de la pista, Agassi se dispone a coger la bola corta en plena subida, intentando pillar a Federer a desmano, y de hecho lo consigue: Federer sigue cerca de la esquina pero está corriendo hacia la línea central, mientras que la pelota se dirige a un punto situado ahora detrás de él, justo donde estaba hace un momento, y no tiene tiempo de darse media vuelta, y Agassi va hacia la red siguiendo a la pelota en ángulo oblicuo procedente del lado de revés... y lo que consigue hacer ahora Federer es invertir instantáneamente el impulso de su cuerpo y dar un brinco hacia atrás de tres o cuatro pasos, a una velocidad imposible, a fin de atizar un drive desde su esquina de revés, desplazando todo su peso hacia atrás, y el drive en cuestión es un pelotazo brutal con efecto liftado que rebasa a Agassi junto a la red y se va para el fondo, y Agassi se lanza a por la pelota pero ya la tiene detrás, y la pelota vuela en línea recta siguiendo la línea de banda, aterriza con precisión en la esquina de dobles del lado de Agassi y obtiene el punto; Federer todavía está danzando hacia atrás cuando aterriza. Y el público de Nueva York guarda ese pequeño segundo familiar de silencio asombrado antes de estallar en vítores, y en el televisor John McEnroe con sus auriculares de locutor invitado dice (principalmente para sí mismo, parece): «¿Cómo se puede anotar un tanto desde esa posición?». Y tiene razón: si se recuerda la posición en que estaba Agassi y su rapidez de primera clase mundial, Federer estaba obligado a mandar la pelota por un túnel de cinco centímetros a fin de rebasarlo, y eso es precisamente lo que ha hecho, yendo hacia atrás, sin tiempo para prepararse y sin nada de impulso detrás de su golpe. Ha sido imposible. Ha sido como una escena de Matrix. No sé qué ruidos he emitido, pero mi cónyuge dice que ha entrado corriendo en la sala y había palomitas por todo el sofá y yo estaba apoyado en una rodilla y tenía los ojos fuera de las órbitas, como esos que venden en las tiendas de artículos de broma.

En fin, se trata de un ejemplo de Momento Federer, y eso que fue por la tele, y la verdad es que el tenis visto por la tele es al tenis en directo más o menos lo que los vídeos porno son a la realidad sensorial del amor humano.

Hablando en términos periodísticos, no hay nada nuevo ni sorprendente que contarles de Roger Federer. A los veinticinco años es el mejor tenista vivo. Y tal vez el mejor de todos los tiempos. Sus retratos y perfiles biográficos abundan. El año pasado 60 Minutes le dedicó un programa entero. Todo lo que quiere usted saber sobre el señor Roger [Sin Inicial de Segundo Nombre] Federer: su historia personal, el hecho de que nació en Basilea, el apoyo racional y nada explotador que le prestaron sus padres a su talento, su carrera en el tenis juvenil, su querido entrenador juvenil, el hecho de que la muerte en accidente de aquel entrenador en 2002 al mismo tiempo destrozó y templó a Federer y contribuyó a convertirle en la persona que es hoy día, los treinta y nueve títulos individuales de la carrera de Federer, sus ocho Grand Slam, el compromiso desacostumbradamente firme y maduro que tiene con su novia, que viaja con él (algo muy poco habitual en el circuito) y le gestiona sus asuntos (algo completamente inaudito en el circuito), su estoicismo a la antigua usanza, su dureza mental, su deportividad, su honradez generalizada evidente, su consideración y su generosidad caritativa: todo está al alcance de una simple búsqueda en Google. Adelante, no se corten.

El presente artículo trata más bien de la experiencia de presenciar el juego de Federer y del contexto de esa experiencia. La tesis concreta que presento es que si nunca has visto jugar en directo a ese joven y de pronto lo ves, en persona, sobre la hierba sagrada de Wimbledon, primero durante el calor literalmente abrasador y luego bajo el viento y la lluvia que imperan en la quincena del torneo de 2006, entonces tienes todos los números de vivir lo que uno de los conductores del autobús de prensa del torneo describe como «una puñetera experiencia casi religiosa». Al principio hay la tentación de interpretar una expresión así como uno más de los muchos tropos exagerados a los que recurre la gente cuando intenta describir la sensación que producen los Momentos Federer. Sin embargo, la expresión del conductor resulta ser cierta —literalmente, y por un momento extáticamente—, aunque ver emerger esta verdad requiere cierto tiempo y bastantes visionados concienzudos.

La belleza no es la meta de los deportes de competición, y sin embargo los deportes de élite son un vehículo perfecto para la expresión de la belleza humana. La relación que guardan ambas cosas entre sí viene a ser un poco como la que hay entre la

valentía y la guerra.

La belleza humana de la que hablamos aquí es de un tipo muy concreto; se puede llamar belleza cinética. Su poder y su atractivo son universales. No tiene nada que ver ni con el sexo ni con las normas culturales. Con lo que tiene que ver en realidad es con la reconciliación de los seres humanos con el hecho de tener cuerpo. [42]

Por supuesto, en los deportes masculinos nadie habla nunca de belleza, ni de elegancia, ni del cuerpo. Los hombres pueden profesar su «amor» al deporte, pero ese amor siempre se tiene que proyectar y representar con la simbología de la guerra: la oposición entre avanzar y ser eliminado, la jerarquía del rango y del estatus, las estadísticas obsesivas y el análisis técnico, el fervor tribal y/o nacionalista, los uniformes, el ruido de las masas, los estandartes, el entrechocar los pechos, el pintarse la cara, etcétera. Por razones que resultan difíciles de entender, a muchos de nosotros los códigos de la guerra nos resultan más seguros que los del amor. Y puede que también se lo resulten a ustedes, en cuyo caso el mesomórfico y totalmente marcial tenista español Rafael Nadal será el perfecto hombretón para ustedes, con sus bíceps desnudos y las exhortaciones Kabuki que se lanza a sí mismo. Además, Nadal también es la Némesis de Federer y la gran sorpresa del torneo de Wimbledon de este año, puesto que él es especialista en tierra batida y nadie esperaba que aquí pasara de las primeras rondas. Federer, en cambio, no ha proporcionado ninguna sorpresa ni tampoco ningún drama competitivo durante las semifinales. Ha superado de forma tan aplastante a todos sus oponentes que la televisión y la prensa están preocupadas porque sus partidos acaben siendo aburridos y no puedan competir de forma eficaz con el fervor nacionalista del Mundial de Fútbol. [43]

La final masculina del 9 de julio, sin embargo, es el sueño de todo el mundo. La final de Nadal contra Federer es una repetición de la final del Open de Francia celebrada el mes pasado, donde ganó Nadal. Federer sólo ha perdido cuatro partidos en lo que va de año, pero los cuatro los ha perdido ante Nadal. Pese a todo, la mayoría de esos partidos fueron en pistas lentas de tierra, que son la especialidad de Nadal. Federer es especialista en hierba. Por otro lado, el calor de la primera semana ha resecado las pistas de Wimbledon y las ha hecho menos resbaladizas y más lentas. También hay que tener en cuenta que Nadal ha adaptado a la hierba su estilo basado en la tierra batida: acercándose más a la línea de fondo en los tiros de fondo, potenciando su servicio y superando su alergia a la red. En la tercera ronda hizo pedazos a Agassi. Las cadenas de televisión están en éxtasis. Antes de empezar el partido, en la Pista Central, detrás de las ventanillas estrechas y alargadas que hay encima de la red de fondo, mientras los jueces de línea salen a la pista ataviados con esos uniformes nuevos de Ralph Lauren que tanto se parecen a la ropa naval infantil, a los locutores de los medios se los puede ver prácticamente dando botes en sus butacas. Esta final de Wimbledon presenta el argumento de la venganza, la dinámica de rey contra regicida y los contrastes dramáticos de caracteres. Se enfrentan la virilidad apasionada del sur del Europa contra el arte intrincado y clínico del norte. Dionisos contra Apolo. Cuchillo de carnicero contra escalpelo. Zurdo contra diestro. Los números dos y uno del mundo. Nadal, el hombre que ha llevado a sus límites el estilo moderno de juego de fondo... contra un hombre que ha transfigurado ese estilo moderno, cuya precisión y variedad son igual de importantes que su ritmo y su velocidad de pies, pero que ha demostrado ser peculiarmente vulnerable a su contrincante, o bien capaz de verse superado psicológicamente por él. Un periodista deportivo británico, exultante junto con sus compañeros en la sección de prensa, repite dos veces: «Va a ser una guerra».

Además, el partido se va a celebrar en esa catedral que es la Pista Central. Y la final masculina siempre se celebra el segundo domingo de la quincena que dura el torneo, un simbolismo que Wimbledon siempre subraya dejando sin partidos el primer domingo. Y el vendaval con rachas de lluvia que llevaba toda la mañana derribando señales de aparcamiento y poniendo paraguas del revés se detiene en seco, cuando falta una hora para el partido, permitiendo que salga el sol justo cuando se está retirando la lona que cubre la pista y se están encajando los postes de la red.

Federer y Nadal salen en medio de una salva de aplausos y hacen sus reverencias rituales ante el palco de la nobleza. El suizo lleva puesta la americana de color crema que Nike le ha hecho llevar este año en Wimbledon. Tal vez Federer sea el único individuo del mundo a quien no le queda ridícula con pantalones cortos y zapatillas de tenis. El español pasa por completo de ropa de calentamiento, para que le veamos directamente los músculos. Tanto él como el suizo van de Nike, incluyendo la banda elástica blanca para el pelo atada en torno a la cabeza y con el simbolito de la marca colocado justo encima del tercer ojo. Nadal lleva el pelo recogido por debajo de la banda elástica, pero Federer no, y el hecho de toquetearse y apartarse los mechones de pelo que le caen por encima de la cinta es el principal tic de Federer que pueden ver los espectadores; en el caso de Nadal, se trata del acercamiento obsesivo a la toalla del recogepelotas entre punto y punto. Pero hay más tics y hábitos, diminutas ventajas de ver el partido en la pista. Por ejemplo, el cuidado exquisito que Federer pone en colgar la americana sobre el respaldo de la silla libre de su lado de la pista, para que no se le arrugue: lo ha hecho antes de cada uno de sus partidos, y es un gesto que resulta infantil y extrañamente encantador. O la inevitabilidad con que durante el segundo set cambia su raqueta por otra que viene siempre en la misma bolsa de plástico transparente cerrada con cinta adhesiva azul, que él quita con cuidado y siempre le da a un recogepelotas para que la tire. Está el hábito que tiene Nadal de separarse del trasero los pantalones largos hasta la rodilla mientras hace botar la pelota antes del saque, su forma de echar vistazos cautelosos de lado a lado mientras recorre la línea de fondo, como si fuera un presidiario esperando que lo ataquen con un cuchillo de fabricación casera. Y si uno presta mucha atención, podrá fijarse en un detalle raro del servicio del suizo. Mientras tiene la pelota y la raqueta en las manos, justo antes de iniciar el movimiento, Federer siempre coloca la pelota exactamente en el hueco en forma de V que hay en el cuello de la raqueta, justo debajo de la cabeza, durante un momento. Y si no encaja perfectamente, él la ajusta hasta que encaje. Sucede muy deprisa, pero sucede siempre, tanto en el primer servicio como en el segundo.

Ahora Nadal y Federer hacen diez minutos exactos de calentamiento; el árbitro lleva el cómputo de tiempo. Ese calentamiento cuenta con un orden y una etiqueta muy definidos, aunque la televisión ha decidido que a ustedes no les interesa verlos. En la pista central caben mil trescientas y pico personas. Varios millares más han hecho algo que aquí la gente hace de buen grado todos los años, que es pagar una entrada general bastante cara en las puertas del complejo y luego congregarse, con cestas de picnic y espray insecticida, para ver el partido por una pantalla de televisión gigante que hay delante de la Pista 1. A saber por qué lo harán.

Justo antes de empezar el partido, en la red, se lleva a cabo el lanzamiento ceremonial de una moneda para ver quién sirve primero. Se trata de otro ritual de Wimbledon. El lanzador honorario de moneda de este año es William Caines, asistido por el árbitro y el juez del torneo. William Caines es un niño de siete años de Kent que contrajo cáncer de hígado a los dos años y consiguió sobrevivir gracias a una serie de operaciones y espantosas tandas de quimioterapia. Está aquí en representación de la organización Cancer Research UK. Es rubio, tiene las mejillas rosadas y le llega a la cintura a Federer. El público aprueba clamorosamente el lanzamiento ritual. Federer mantiene una sonrisa distante todo el tiempo. Nadal, al otro lado de la red, no para de dar saltitos como si fuera un boxeador y de balancear los brazos de un lado al otro. No estoy seguro de si las cadenas de televisión americanas enseñan el lanzamiento de la moneda o no, es decir, de si esta ceremonia forma parte de su obligación contractual o bien tienen permiso para dar paso a publicidad. Mientras William Caines y sus acompañantes salen de la pista, se oyen más vítores, pero esta vez dispersos y desorganizados; la mayor parte del público no sabe muy bien qué hacer. Da la impresión de que, una vez acabado el ritual, entienden la realidad de por qué este chaval ha participado en él. Sienten que hay algo importante, algo que resulta incómodo y al mismo tiempo no, en el hecho de que un niño con cáncer tire la moneda de esta final soñada. El significado potencial del episodio se mantendrá esquivo y en la punta de la lengua durante por lo menos los dos primeros sets.[44]

La belleza de un atleta de élite resulta casi imposible de describir de forma directa. O de evocar. El drive de Federer es un tremendo latigazo fluido, y el revés lo lleva a cabo con una sola mano y lo puede hacer plano, darle efecto liftado o bien efecto cortado; el tiro con efecto cortado lo hace tan seco que la pelota traza filigranas en el aire y brinca sobre la hierba hasta la altura del tobillo aproximadamente. Su servicio tiene una velocidad de categoría mundial y unos niveles de colocación y de variedad a los que nadie más se acerca; el movimiento del saque es ligero y sin

excentricidades, inconfundible (por la tele) únicamente por cierto latigazo de cuerpo entero como de anguila en el momento del impacto. Su anticipación y su sentido de la pista son sobrenaturales, y su juego de pies es el mejor del mundo; de niño también era un prodigio del fútbol. Todo esto es cierto y sin embargo nada de ello constituye una explicación ni tampoco evoca la experiencia de verle jugar. De presenciar, de primera mano, la belleza y la genialidad de su juego. Más bien hay que abordar su estética de forma oblicua, evitando hablar de ella directamente, o más bien —tal como hizo Santo Tomás de Aquino con su inefable objeto— intentar definirlo en términos de lo que no es.

Lo que está claro es que no se puede televisar. Por lo menos no del todo. El tenis por la tele presenta sus ventajas, pero se trata de ventajas que tienen desventajas, y la principal de ellas es cierta ilusión de intimidad. Las repeticiones a cámara lenta que hace la televisión, sus primeros planos y sus gráficos, todo ello privilegia tanto a los espectadores que no nos damos cuenta de cuánto se pierde en la emisión. Y buena parte de lo que se pierde es la naturaleza puramente física del tenis de alta competición, la sensación de las velocidades a las que se mueve la pelota y a las que reaccionan los jugadores. Se trata de una pérdida fácil de explicar. La prioridad de la tele, mientras se está disputando un punto, es cubrir la pista entera, a fin de que los espectadores puedan ver a ambos jugadores y percibir la geometría global de las jugadas. Por tanto la tele elige un punto de vista espectacular situado por encima y por detrás de una de las líneas de fondo. Usted, el espectador, se encuentra mirando desde un punto situado en lo alto y detrás de la pista. Esta perspectiva, como sabrá cualquier estudiante de arte, «acorta» la pista. Al fin y al cabo, el tenis de verdad es tridimensional, pero la imagen del televisor sólo tiene dos dimensiones. La dimensión que se pierde (o más bien resulta distorsionada) en la pantalla es la longitud real de la pista, los veinticuatro metros que separan ambas líneas de fondo; y la rapidez con que la pelota atraviesa esta longitud constituye la velocidad del tiro, que en la tele queda oculta pero que vista en persona resulta temible. Si esto les resulta abstracto o exagerado, por favor, asistan ustedes en persona a algún torneo de tenis profesional, sobre todo en las pistas exteriores y en las primeras rondas, donde uno se puede sentar a seis metros de la línea de banda y comprobar por sí mismo la diferencia. Si únicamente han visto tenis por televisión, no tienen ni idea de la fuerza con que esos profesionales le pegan a la pelota ni de la rapidez con que la pelota se mueve, [45] ni del poco tiempo que tienen los jugadores para llegar a ella, ni de lo deprisa que son capaces de moverse y rotar y golpear y recuperarse. Y ningún jugador es más rápido, ni produce semejante impresión engañosa de serlo sin esfuerzo alguno, que Roger Federer.

Curiosamente, lo que más consigue revelar la cobertura televisiva es la inteligencia de Federer, puesto que a menudo esa inteligencia se manifiesta en forma de ángulo. Federer es capaz de ver, o de crear, espacios y ángulos para obtener puntos que nadie más puede imaginar, y la perspectiva de la televisión es perfecta para ver y

revisar estos Momentos Federer. Lo que cuesta más de apreciar por televisión es que esos ángulos y pelotas espectaculares no salen de la nada, sino que a menudo vienen preparados con varios tiros de antelación y dependen tanto de la manipulación que hace Federer de las posiciones de sus oponentes como de la velocidad o la colocación del golpe de gracia. Y entender cómo y por qué Federer es capaz de hacer bailar de esta manera a otros atletas de categoría mundial requiere a su vez una comprensión técnica del estilo moderno de juego de fondo mejor que la que la tele —nuevamente — está preparada para proporcionar.

Wimbledon es un sitio extraño. Es verdad que se trata de la meca del deporte, de la catedral del tenis, pero cuando estás allí te resultaría más fácil mantener el nivel apropiado de veneración si el torneo no se obcecara tanto en recordarte una y otra vez que es la catedral del tenis. En Wimbledon reina una mezcla peculiar de tediosa petulancia, autobombo y autopromoción incansables. Es un poco como esas figuras de autoridad que tienen en la pared de su despacho hasta la última placa, diploma y premio que han conseguido en su carrera, y cada vez que entras en su despacho estás obligado a mirar a la pared y decir algo para indicar que estás impresionado. Las paredes de Wimbledon, junto con todos sus pasillos y accesos importantes, están cubiertos de pósters y carteles con imágenes de campeones del pasado, listas de datos relacionados con Wimbledon, curiosidades, apuntes históricos, etcétera. Algunas de estas cosas resultan interesantes y otras simplemente extrañas. El Museo del Tenis sobre Hierba de Wimbledon, por ejemplo, tiene una colección de todas las distintas clases de raquetas que se han usado aquí a lo largo de las décadas, y uno de los muchos carteles que hay en el pasillo del Nivel 2 del Edificio del Milenio<sup>[46]</sup> promociona esta exposición tanto por medio de fotos como de textos didácticos, una especie de Historia de la Raqueta. Aquí está, sic, el final apoteósico de dicho texto:

Los armazones actuales fabricados con materiales de la era espacial como son el grafito, el boro, el titanio y la cerámica, y provistos de cabezas más grandes —tanto de tamaño medio (580-610 cm²) como extra grande (710 cm²)—, han transformado por completo la naturaleza del juego. Hoy día son los tiradores más fuertes quienes dominan gracias a un potente efecto liftado. Los jugadores de saque y volea y aquellos que se basaban en la sutileza y el toque prácticamente han desaparecido.

Resulta extraño, en el mejor de los casos, que dicho diagnóstico continúe siendo tan predominante aquí durante el cuarto año del reinado de Federer en Wimbledon, puesto que el suizo ha aportado al tenis masculino grados de toque y sutileza inéditos desde (por lo menos) la época de apogeo de McEnroe. En realidad, sin embargo, el cartel se limita a dar testimonio del poder del dogma. Desde hace casi dos décadas, la versión oficial es que ciertos adelantos introducidos en la tecnología, la preparación y las pruebas de peso de las raquetas han hecho que el tenis deje de ser un deporte de rapidez y finura para convertirse en un deporte de atletismo y fuerza bruta. Y en tanto

que etiología del estilo moderno de juego de fondo, esta versión oficial es cierta en líneas generales. Los profesionales de hoy día son perceptiblemente más grandes y fuertes y están mejor preparados físicamente, [47] y es verdad que las raquetas compuestas de alta tecnología han aumentado su capacidad para tirar a alta velocidad y darle efecto a la pelota. Es por eso por lo que el hecho de que alguien con la finura consumada de Roger Federer haya llegado a dominar el circuito masculino es motivo de gran confusión entre los dogmáticos.

Hay tres posibles explicaciones válidas del ascenso de Federer. Una explicación se basa en el misterio y la metafísica, y creo que es la que más se acerca a la verdad. Las otras dos son más técnicas y mejores desde el punto de vista periodístico.

La explicación metafísica es que Roger Federer es uno de esos escasos atletas sobrenaturales que parecen estar exentos, por lo menos en parte, de ciertas leyes de la física. Otros seres comparables serían Michael Jordan, que no sólo podía dar saltos inhumanamente altos, sino también quedarse suspendido en el aire un momento o dos más de los que permitía la gravedad, y Muhammad Ali, que realmente podía cruzar «flotando» la lona y asestar dos o tres golpes cortos en el tiempo necesario para dar uno. Probablemente haya otra media docena de ejemplos desde 1960. Y Roger Federer pertenece a esa categoría: una categoría que se puede denominar genio, mutante o avatar. Nunca verás que le falte tiempo ni equilibrio. La pelota que se acerca a él se queda suspendida en el aire una fracción de segundo más de lo que debería. Sus movimientos son más ágiles que atléticos. Igual que Ali, Jordan, Maradona y Gretzky, parece al mismo tiempo menos y más sólido que los hombres a los que se enfrenta. Especialmente ataviado con la ropa toda blanca que a Wimbledon le gusta mantener como requisito, parece exactamente lo que (creo) que es: una criatura cuyo cuerpo es al mismo tiempo carne y, de alguna manera, luz.

Eso de que la bola coopere quedándose suspendida, aminorando la velocidad, como si fuera susceptible a la voluntad del suizo, es toda una verdad metafísica. Y también lo es la siguiente anécdota. Después de una semifinal celebrada el 7 de julio en que Federer destruyó a Jonas Bjorkman —no sólo lo derrotó: lo destruyó—, y justo antes de la conferencia de prensa de rigor posterior al partido en la que Bjorkman, que es amigo de Federer, dijo que estaba encantado de haber «tenido el mejor asiento de la pista» para ver cómo el suizo «jugaba lo más cerca de la perfección que se puede jugar al tenis», Federer y Bjorkman estaban al parecer charlando y bromeando y Bjorkman le preguntó cómo de antinaturalmente grande le había parecido la pelota allí en la pista, y Federer le confirmó que la había visto «como una pelota de baloncesto o una bola de bolera». Lo decía únicamente como forma modesta y jocosa de hacer que Bjorkman se sintiera mejor, de confirmar que le había sorprendido lo desacostumbradamente bien que había jugado aquel día; pero también estaba revelando algo de cómo es el tenis para él. Imagine usted que es una persona dotada de unos reflejos, una coordinación y una velocidad sobrenaturales, y que está jugando al tenis de alto nivel. Mientras juega, no experimentará usted el hecho de poseer unos reflejos y una velocidad excepcionales; más bien le parecerá que la pelota de tenis es muy grande y se mueve muy despacio, y que siempre le da a usted tiempo de sobra para pegarle. Es decir, no experimentará usted nada parecido a la rapidez y la habilidad (empíricamente reales) que le atribuirá<sup>[49]</sup> el público que presencie en directo cómo las pelotas se mueven tan deprisa que zumban y se hacen invisibles.

Pero la velocidad no lo explica todo. Ahora vamos a ponernos técnicos. A menudo se dice que el tenis es un deporte de centímetros, pero el tópico se refiere principalmente al área donde aterriza la pelota. En términos de dónde golpea el jugador la pelota que le viene, el tenis es más bien un deporte de micras: en el momento del impacto, una serie de variaciones tan minúsculas que tienden a lo inexistente producen efectos enormes en la forma de volar de la pelota y en el punto donde aterriza. Es el mismo principio que explica por qué cuando uno apunta con un rifle, hasta la imprecisión más pequeña provocará que uno yerre el tiro si el objetivo está lo bastante lejos.

A modo de ilustración, ralenticemos un poco las cosas. Imagine que usted, un jugador de tenis, está plantado justo detrás de su línea de dobles. Le sirven una pelota a su lado de drive: usted entonces gira (o rota) para ponerse de costado a la trayectoria de la pelota que se acerca y empieza a echar la raqueta hacia atrás para darle impulso a su drive de respuesta. Continúe visualizando la jugada hasta el punto en que está usted en mitad del movimiento hacia delante para ejecutar la devolución: ahora tiene usted la pelota al lado mismo de su cadera más adelantada, a unos quince centímetros del punto de impacto. Plantéese usted algunas de las variables que entran en juego. En el plano vertical, inclinar la faceta de su raqueta un par de grados adelante o atrás provocará respectivamente efecto liftado o efecto cortado; mantenerla perpendicular producirá un drive recto y sin efecto. En el plano horizontal, ajustar la faceta de la raqueta muy ligeramente hacia la izquierda o la derecha, y darle a la pelota quizás un milisegundo antes o después, producirá una devolución hacia delante o bien cruzada. Otros cambios minúsculos en las curvas según las cuales oriente usted el tiro de fondo y lo prolongue contribuirán a determinar cómo de alta pasará su devolución por encima de la red, lo cual, junto con la velocidad a la que usted mueva el brazo (junto con ciertas características del efecto que le proporcione a la pelota) afectará al hecho de que su devolución aterrice adentrándose menos o más en la pista de su oponente, a la altura del bote, etcétera. Y no estoy trazando sino las distinciones más generales, por supuesto: también hay que distinguir entre efecto fuerte y efecto suave, tiro muy cruzado y tiro cruzado a secas, etcétera. También hay que tener en cuenta cuestiones como cuánto va a dejar usted que se le acerque la pelota al cuerpo, qué clase de empuñadura usa, en qué medida tiene usted las rodillas dobladas y/o está desplazando su peso hacia delante, y si es usted capaz simultáneamente de contemplar la pelota y de ver qué está haciendo su oponente después de servir. Todas estas cosas también importan. Además, piense que

no estará usted poniendo en movimiento un objeto estático, sino más bien invirtiendo la trayectoria aérea y (de forma variable) el efecto de un proyectil que viene hacia usted, y que viene, en el caso del tenis profesional, a unas velocidades que imposibilitan el pensamiento consciente. El primer saque de Mario Ancic, por ejemplo, suele ir a 210 km/h. Como entre la línea de fondo de Ancic y la de usted hay veinticuatro metros, su saque tardará 0,41 segundos en llegar a usted. [50] Es menos tiempo del que se tarda en parpadear rápidamente dos veces.

La conclusión es que los intervalos de tiempo que da el tenis profesional son demasiado breves para emprender acciones deliberadas. En términos temporales estamos más bien en la gama operativa de los reflejos, las reacciones puramente físicas que pasan por encima del pensamiento consciente. Y, sin embargo, la devolución eficaz de un servicio depende de un amplio conjunto de decisiones y ajustes físicos que son mucho más complejos e intencionados que el acto de parpadear, de dar un brinco cuando te sobresaltan, etcétera.

Devolver con éxito una pelota de tenis que te han servido con fuerza requiere eso que a veces se ha denominado «sentido cinestésico», que no es otra cosa que controlar el cuerpo y sus extensiones artificiales por medio de sistemas complejos y muy rápidos de tareas. El idioma cuenta con toda una nube de términos para designar las diversas partes de esta capacidad: sensación, tacto, forma, propiocepción, coordinación, coordinación mano-ojo, cinestesia, gracia, control, reflejos y otros por el estilo. Para los jugadores juveniles prometedores, refinar el sentido cinestésico es la meta principal de esos regímenes extremos de entrenamiento diario de los que oímos hablar a menudo. [51] Se trata de un entrenamiento tanto muscular como neurológico. Golpear miles de veces la pelota, día tras día, desarrolla la capacidad de hacer «con el tacto» lo que no se puede hacer con el pensamiento consciente normal. A menudo al espectador esta clase de práctica repetitiva le parece tediosa o incluso cruel, pero es que el espectador no puede sentir lo que está pasando dentro del jugador: ajustes minúsculos, uno sobre otro, y una sensación de los efectos que producen esos cambios que se va volviendo más aguda a medida que se aleja de la conciencia normal.<sup>[52]</sup>

El tiempo y la disciplina que se necesitan para un adiestramiento cinestésico serio son una de las razones de que los profesionales de élite hayan dedicado la mayor parte de su vida consciente a jugar a tenis, empezando (como muy tarde) al principio de su segunda década de vida. Por ejemplo, fue a los trece años cuando Roger Federer dejó por fin el fútbol y algo parecido a una infancia para entrar en el centro nacional suizo de entrenamiento de tenis de Ecublens. A los dieciséis años dejó los estudios y se metió en serio en la competición internacional.

Fue sólo semanas después de dejar los estudios cuando Federer ganó el juvenil de Wimbledon. Obviamente, esto no lo puede hacer cualquier jugador juvenil que se entregue al tenis. Y resulta igual de obvio que no todo es una simple cuestión de tiempo y entrenamiento: también está el talento en sí, del que hay distintos grados.

Sólo para hacer que valgan la pena los años de práctica y entrenamiento ya tiene que existir (y poder medirse) un talento cinestésico extraordinario... pero a partir de ahí, con el tiempo, la crema empieza a subir y a separarse. De manera que una de las explicaciones técnicas del dominio de Federer es que simplemente tiene un poco más de talento cinestésico que los demás profesionales masculinos. Sólo un poco más, dado que todos los integrantes del Top 100 tiene el don de la cinestesia. Lo que pasa es que el tenis es un juego que se decide en cuestión de centímetros.

Esta explicación resulta verosímil pero incompleta. En 1986 seguramente no habría sido incompleta. En 2006, sin embargo, es pertinente preguntar por qué sigue importando tanto esta clase de talento. Recuerden lo que tienen de cierto el dogma y el letrero de Wimbledon. Con o sin virtuosismo cinestésico, ahora Roger Federer está dominando la escena de profesionales masculinos más grande, fuerte, mejor preparada, mejor entrenada y en mejor forma física que ha existido jamás, donde todo el mundo usa una especie de raqueta nuclear que se dice que ha hecho irrelevantes las calibraciones más finas del sentido cinestésico, como intentar silbar Mozart en un concierto de Metallica.

De acuerdo con fuentes fiables, la historia personal del lanzador honorario de monedas William Caines es que un día, cuando tenía dos años y medio, su madre le encontró un bulto en la barriga, lo llevó al médico y allí le diagnosticaron que el bulto era un tumor maligno de hígado. Ese momento resulta, por supuesto, imposible de imaginar... un niñito pequeño que hace quimioterapia, quimioterapia fuerte, y a quien su madre tiene que observar, llevárselo a casa, cuidarlo y luego llevarlo de vuelta a ese lugar para hacer más quimioterapia. ¿Cómo contestó a la pregunta de su hijo, a la gran pregunta, la más obvia? ¿Y quién podía contestar a la de ella? ¿Qué podía decir ningún sacerdote o pastor que no resultara grotesco?

Nadal va ganando 2-1 en el segundo set de la final y tiene el servicio. Federer le ha ganado el primer set dejándolo a cero pero luego ha empezado a perder vigor, como le pasa a veces, y se ha dejado romper el saque rápidamente. Ahora, tras un drive de Nadal, se disputa un punto de dieciséis toques. Nadal está sacando treinta kilómetros por hora más deprisa que en París, y ahora su saque va por el centro. Federer lanza una pelota de drive suave por encima de la red, que es algo que se puede permitir porque Nadal nunca corre detrás de su saque. Ahora el español hace un drive con efecto liftado característicamente fuerte y dirigido al fondo del lado del revés de Federer; Federer devuelve con un revés liftado todavía más fuerte a las profundidades del lado de revés de Nadal, un tiro casi de pista de tierra batida. Nadal no se lo espera y se ve obligado a retroceder un poco y responder con una pelota baja, corta y fuerte que aterriza justo detrás de la T de la línea de saque, a la derecha de Federer. Contra

cualquier otro oponente Federer se limitaría a terminar el punto en ese momento, pero una de las razones de que Nadal le cause problemas es que es más rápido que los demás y puede llegar a pelotas a las que los demás no llegan. De manera que Federer se limita a mandar un drive cruzado, plano y de potencia media, buscando no el punto sino una pelota baja y con poco ángulo que obligue a Nadal a alejarse hacia la banda de dobles, que es su revés. Nadal, mientras corre, le pega fuerte y sin cruzarla, hacia el lado del revés de Federer; Federer le pega con efecto cortado y nuevamente sin cruzarla, lenta y suspendida por el corte, obligando a Nadal a volver al mismo punto. Nadal devuelve la pelota cortada y recta —ya van tres tiros que siguen la misma línea — y Federer le vuelve a dar cortada al mismo sitio exactamente, esta vez todavía más lenta y más suspendida, y Nadal se planta y da un raquetazo fuerte a dos manos por la misma línea. Ahora parece que Nadal haya acampado junto a su banda de dobles; ya ni siquiera se mueve hacia el centro de la línea de fondo entre tiros; Federer lo ha hipnotizado un poco. Y de pronto Federer lanza un revés muy fuerte, muy fuerte y liftado, de esas pelotas que zumban, dirigido a un punto situado un poco a la izquierda de Nadal, a la que Nadal llega y contesta con un drive cruzado; Federer responde con un revés todavía más fuerte y más cruzado, desde la línea de fondo y moviéndose tan deprisa que Nadal tiene que devolver el drive apoyándose en el pie atrasado y luego correr como puede de regreso al centro mientras la pelota vuelve a aterrizar a poco más de medio metro del lado del revés de Federer. Federer se acerca a la pelota y esta vez le da un revés cruzado completamente distinto, mucho más corto y en un ángulo mucho más cerrado, un ángulo que nadie se esperaba, y la pelota va tan fuerte y liftada que aterriza sin profundidad y pegada a la línea de banda y despega con fuerza tras el bote, y Nadal no puede moverse para interceptarla y tampoco puede llegar a ella lateralmente por la línea de fondo, por culpa de todo el ángulo y el efecto liftado que lleva: fin del punto. Es un punto espectacular, un Momento Federer. Sin embargo, cuando lo ves en directo, te das cuenta de que también es un punto que Federer ya empezó a preparar hace cuatro o incluso cinco tiros. Todo lo que ha venido después de la primera pelota cortada y sin cruzar estaba diseñado por el suizo para manipular a Nadal y adormecerlo y romperle el ritmo y el equilibrio y abrir ese último ángulo inimaginable: un ángulo que habría resultado imposible sin un efecto liftado extremo.

El efecto liftado extremo es la marca distintiva del estilo moderno de juego de fondo. En eso sí que acierta el cartel de Wimbledon. [53] La razón de que el efecto liftado sea tan crucial, sin embargo, es algo que no se entiende igual de bien. Lo que sí se entiende sin problemas es que las raquetas compuestas de alta tecnología le imparten mucha más velocidad a la pelota, un poco igual que los bates de béisbol de aluminio comparados con los de madera de toda la vida. Pero ese dogma es falso. La verdad es que, con la misma resistencia a la tensión, las raquetas compuestas con base de

carbón son más ligeras que la madera, y eso permite que las raquetas modernas pesen cincuenta gramos menos y tengan la faceta un par o tres de centímetros más ancha que las antiguas Kramer y Maxplay. El dato crucial es la anchura de la faceta. Una faceta más ancha significa que hay más superficie cordada total, lo cual quiere decir que el área óptima es más grande. Con una raqueta compuesta no te hace falta darle a la pelota con el centro geométrico exacto de las cuerdas para generar una buena velocidad. Ni tampoco tienes que darle ahí para generar efecto liftado, un efecto que (recuerden) requiere tener la faceta inclinada y dar un golpe curvado hacia arriba, rozando la pelota en lugar de darle de lleno: esto costaba bastante de hacer con las raquetas de madera, por culpa de que tenían una faceta más pequeña y un área óptima mísera. Las cabezas más anchas y ligeras de las compuestas y sus centros más generosos permiten a los tenistas golpear más deprisa y darle más efecto liftado a la pelota... y a su vez, cuanto más liftes la pelota, más fuerte le puedes pegar, porque hay más margen de error. El efecto liftado hace que la pelota pase muy por encima de la red, trace un arco cerrado y baje deprisa hacia la pista del oponente (en lugar de alejarse planeando).

De manera que la fórmula básica es que las raquetas compuestas permiten el efecto liftado, lo cual a su vez permite hacer tiros de fondo mucho más rápidos y fuertes que hace veinte años: ahora es común ver a profesionales masculinos que salen despedidos del suelo y casi se dan media vuelta en el aire de tan fuerte que le pegan a la pelota, que es algo que en los viejos tiempos sólo se le veía a Jimmy Connors.

Connors no fue, por cierto, el padre del estilo moderno de juego de fondo. Le arreaba muy fuerte desde el fondo, es cierto, pero sus tiros de fondo eran planos y sin efecto y tenían que pasar muy pegados a la red. Tampoco fue Björn Borg el verdadero precursor de ese estilo. Tanto Borg como Connors jugaban versiones especializadas del estilo clásico de fondo, que había evolucionado como contrapartida del todavía más clásico estilo de servicio y volea, que fue el estilo dominante del tenis de élite masculino durante décadas, y del cual John McEnroe fue el más grande exponente moderno. Probablemente ustedes ya sepan todo esto, y tal vez sepan también que McEnroe derrocó a Borg y a continuación más o menos dominó el deporte masculino hasta la aparición, a mediados de la década de 1980, de *a*) las raquetas compuestas modernas<sup>[54]</sup> y *b*) Ivan Lendl, que jugaba con una forma primitiva de raqueta compuesta y fue el verdadero progenitor del estilo moderno de juego de fondo. [55]

Ivan Lendl fue el primer profesional de élite cuyos tiros y tácticas parecían estar diseñados a partir de las capacidades especiales de la raqueta compuesta. Su meta era ganar puntos desde la línea de fondo, ya fuera rebasando al oponente por el lateral o bien con tiros a los que el oponente no conseguía llegar. Su arma eran los tiros de fondo, sobre todo de drive, que él podía lanzar con una velocidad abrumadora gracias a la cantidad de efecto liftado que le imprimía a la pelota. La combinación de rapidez y efecto liftado también permitía a Lendl hacer algo que resultó ser crucial para el

nacimiento del estilo moderno de juego de fondo. Podía imprimir ángulos radicales y extraordinarios a pelotas de fondo golpeadas con fuerza, principalmente gracias a la velocidad con que las pelotas liftadas con fuerza descienden y aterrizan sin desviarse hacia el lado. Visto con perspectiva, esto cambió todas las leyes físicas del tenis agresivo. Durante décadas había sido el ángulo el que hacía tan letal el estilo de servicio y volea. Cuanto más se acercaba uno a la red, más se le abría el campo del oponente: la ventaja clásica de la volea era que se podía tirar en ángulos que se abrían si se intentaban desde el fondo o el medio de la pista. Pero el efecto liftado en un tiro de fondo, si es realmente extremo, puede hacer que la pelota descienda deprisa y con la bastante poca profundidad como para explotar muchos de esos mismos ángulos. Sobre todo si el tiro de fondo que estás haciendo viene de una pelota más bien corta: cuanto más corta es la pelota, más ángulos son posibles. La rapidez, el efecto liftado y los ángulos agresivos desde la línea de fondo: se agita todo bien y ya tiene uno el estilo moderno de juego de fondo.

No es que Ivan Lendl fuera un jugador de tenis de grandeza inmortal. Simplemente fue el primer profesional de élite que demostró lo que el efecto fuertemente liftado y la potencia pura podían conseguir desde la línea de fondo. Y lo que es más importante, era un logro que se podía replicar, igual que la raqueta compuesta. Pasado cierto umbral de talento físico y entrenamiento, los principales requisitos eran la potencia atlética, la agresividad y la superioridad en materia de fuerza y preparación física. El resultado (omitiendo toda una serie de complejidades y subespecialidades)<sup>[56]</sup> ha sido el tenis profesional masculino de los últimos veinte años: una serie de jugadores cada vez más grandes, fuertes y en mejor forma que generan unas pelotas provistas de una rapidez y un efecto liftado sin precedentes tras el rebote, intentando forzar pelotas cortas o débiles que puedan barrer.

Estadística ilustrativa: cuando Lleyton Hewitt derrotó a David Nalbaldian en la final masculina de Wimbledon, no hubo ni un solo punto obtenido mediante servicio y volea.<sup>[57]</sup>

El estilo moderno de juego de fondo genérico no es aburrido: sobre todo si se lo compara con los puntos de dos segundos del antiguo estilo de servicio y volea o con el tedio de los globos altos de las clásicas guerras de desgaste del estilo de fondo clásico. Pero sí que resulta algo estático y limitado; no es, tal como los expertos llevan temiendo públicamente desde hace años, el punto y final de la evolución del tenis. Quien ha demostrado esto es Roger Federer. Y lo ha demostrado desde el *seno* del tenis moderno.

Esto del *seno* es lo que importa aquí; y es lo que una explicación puramente neural no refleja. Y es por eso por lo que no hay que malinterpretar atribuciones *sexy* como el toque o la sutileza. Con Federer, no es cuestión de un estilo u otro. El suizo tiene exactamente la misma rapidez que Lendl o Agassi en los tiros de fondo, y se despega del suelo cuando da un raquetazo, y puede arrear más fuerte incluso que Nadal desde la tierra de nadie. <sup>[58]</sup> Lo que resulta extraño del cartel de Wimbledon, y

además no se corresponde con la verdad, es su tono plañidero en general. La sutileza, el toque y la finura no han muerto en la era del juego moderno de fondo. Porque en 2006 seguimos viviendo en gran medida en la era del juego centrado en la línea de fondo: Roger Federer es una bestia de los tiros potentes desde el fondo. Simplemente sucede que es más que eso. También cuenta con su inteligencia, su capacidad paranormal para adelantarse a los acontecimientos, su sentido de la pista, su capacidad para leer y manipular a los oponentes, para mezclar efecto con velocidad, para engañar y confundir, para usar la anticipación táctica y la visión periférica y toda la gama cinestésica en lugar de la simple rapidez mecánica; todo esto ha desvelado los límites y las posibilidades del tenis masculino que se juega hoy día.

... Lo cual resulta muy altisonante y bonito, por supuesto, pero por favor entiendan que en el caso de ese hombre no es ni rimbombante ni abstracto. Ni simpático. De la misma forma enfática, empírica y dominante en que Lendl comunicó su lección, Roger Federer está demostrando que la velocidad y la fuerza del tenis profesional de hoy día son simplemente su esqueleto, no su carne. Él ha reencarnado, de forma tanto literal como figurada, el tenis masculino, y por primera vez en años, el futuro de este deporte resulta impredecible. Tendrían ustedes que haber visto, en las pistas exteriores del recinto, el *ballet* abigarrado que era el Torneo Juvenil de Wimbledon de este año. Voleas cortas y efectos mezclados, servicios lentos y gambitos planeados con tres tiros de antelación: todo ello además de los gruñidos y las pelotas fortísimas de rigor. Por supuesto, es imposible saber si entre esos juveniles había algún Federer en ciernes. La genialidad no se puede reproducir. La inspiración, sin embargo, es contagiosa y multiforme; y el mero hecho de presenciar de cerca cómo la potencia y la agresividad se hacen vulnerables a la belleza equivale a sentirse inspirado y (de una forma fugaz y mortal) reconciliado.

2006



DAVID FOSTER WALLACE (Nueva York, 1962 - California, 2008) es para muchos el novelista más importante de su generación. Publicada en 1987, *La escoba del sistema* fue su debut literario. Tres años después publicó *La niña del pelo raro* (Literatura Random House, 2000), relatos con los que captó la atención de la crítica. Su siguiente obra es la monumental y reconocida novela *La broma infinita* (Literatura Random House, 2002), que ha sido considerada por la revista *Time* una de las cien mejores novelas en lengua inglesa.

En esta colección hemos publicado también *Entrevistas breves con hombres* repulsivos (2001), *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (2001), *Extinción* (2005), *Hablemos de langostas* (2011), su novela póstuma *El rey pálido* (2011), *En cuerpo y en lo otro* (2013) y el legendario discurso pronunciado en la ceremonia de graduación en la Universidad de Kenyon, *Esto es agua* (2014).

En septiembre de 2008 David Foster Wallace, que sufría de una fuerte depresión, se suicidó en su casa de California.

## Notas

 $^{[1]}$  Precedido de «La USTA les ofrece el». <<

[2] En realidad, si uno incluye la Pista Tribuna anexa, el complejo tiene más aspecto de cabeza cortada con un muñón de cuello. <<	

[3] Los zapatos del árbitro siempre cobran un aire extremadamente delicado y precario y vulnerable cuando asoman por las alturas de encima de la pista enfundados en unos pequeños estribos metálicos: esa mezcla de autoridad y vulnerabilidad precaria no es más que uno de los rasgos que hacen que los árbitros de tenis sean una parte tan atractiva del espectáculo. <<

[4] Está claro que ya se han infiltrado en el tenis esas camisetas parecidas a tiendas de campaña y esos pantalones cortos con longitud casi de bermudas de M. Jordan y la NBA. Casi la mitad de los 128 participantes en el sorteo llevan atuendos que parecen irles varias tallas grandes, y en los jugadores tan fundamentalmente flacos y de aspecto cariacontecido como Sampras el resultado, más que darles estilo, les da pinta de niños abandonados; aunque tengo que decir que la ropa grotescamente grande no llega a ser ni de lejos el desastre estético que son las nuevas zapatillas negras y enormes que lleva Agassi (también importadas de la moda del baloncesto). <<



<sup>[6]</sup> Soy consciente de que el público del Open es legendario por ser estruendoso, vulgar y psicótico en líneas generales, pero tengo que decir que la mayoría de público de los partidos del Fin de Semana del Día del Trabajo se está comportando tan bien que te dan ganas de llevártelos a casa y presentárselos a tu familia. Las únicas ráfagas de improperios audibles vienen de vez en cuando de la parte más alta de las gradas del Estadio, y únicamente cuando hay algún error arbitral o injusticia flagrante. <<

[7] Parece ser que las mujeres del público del Open de Australia de este año gritaban y se desmayaban y hacían aspavientos beatlemaníacos cada vez que aparecían Rafter o Philippoussis, y es cierto que sobre la pista son dos tipos extremadamente atractivos; pero también es cierto que Mark Philippoussis, visto de cerca, se parece asombrosamente a Gaby Sabatini; y digo *asombrosamente*, incluyendo los andares y la mandíbula y la expresión facial de afrenta existencial. <<

[8] La pista lenta de superficie dura DecoTurf del Open, que algunos rumores sostienen que tiene cierta cantidad extra de material abrasivo a fin de hacerla todavía más lenta para el Open, favorece el estilo moderno de juego de fondo de los Agassi, Courier y compañía. Durante las dos primeras rondas, hasta los amigos de la red como Edberg y Krajicek han estado quedándose atrás y arreándole con fuerza a la pelota. <<

<sup>[9]</sup> La administración del Open ha acertado a la hora de proporcionar el trasfondo visual adecuado para el juego de élite mundial. Este mes de julio la Pista Estadio del Maurier Ltd. de Montreal tenía unas gradas amarillas en el lado norte que, según los jugadores, hacían que les costara seguir visualmente las pelotas que venían de aquel lado, mientras que la Pista Estadio del CNT tiene lonas azules, butacas blancas y butacas grises, y hasta las gradas son rojas buscando el alto contraste: no hay nada que se acerque ni de lejos a la parte amarilla-verde del espectro, a menos que uno cuente las camisas de color amarillo pálido de los tipos de Seguridad que hay plantados junto a la pista con los brazos cruzados y esos ojos vidriosos de los agentes del Servicio Secreto. (Me da por pensar que esta cantidad tan ostentosa de Seguridad se debe al incidente de Seles). <<

[10] Los anuncios de lona que rodean las pistas de tenis profesional funcionan como los anuncios del metro, creo yo. Los anuncios del metro se aprovechan del hecho de que los viajes en metro presentan al mismo tiempo un montón de tiempo de inactividad mental y el problema de no saber adónde mirar: las ventanillas son principalmente oscuras, y observar directamente a otra persona en el metro es un acto que la persona observada puede interpretar de muchas maneras, algunas de las cuales resultan incómodas o incluso arriesgadas, mientras que los anuncios que hay encima de las ventanillas son lugares neutrales y puntos de referencia donde posar la mirada, de manera que suelen recibir mucha atención. También el tenis está lleno de momentos de inactividad —periodos entre puntos, relevos entre juego y juego— en los que la mirada necesita distraerse. Además, durante el juego, la lona funciona como trasfondo visual inmediato de los jugadores, y tanto las miradas como las cámaras siempre siguen a los jugadores —incluyendo la tele—, de manera que el hecho de que el nombre de tu empresa esté suspendido por detrás de Sampras mientras la cámara lo sigue es una forma de obtener una cobertura visual enorme para tu empresa y de que tu marca quede asociada, aunque sea a un nivel subliminal, con Sampras y con el tenis de élite en general, etcétera. Todo parece tremendamente sofisticado y astuto, en términos psicológicos. <<

[11] Véase otra vez la nota n.º 1: la sensación que me da a mí es que resulta imposible decir «Open de Estados Unidos» en ningún lugar público sin decir también «La USTA les ofrece». Digamos que en adelante el apéndice promocional previo de la USTA va implícito; no me apetece repetirlo todo el tiempo. La Asociación de Tenis de Estados Unidos recibe más o menos el setenta y cinco por ciento de sus ingresos anuales operativos del Open de Estados Unidos, y probablemente sea comprensible que quiera pegar su nombre como una rémora al costado del torneo, pero la constante imposición de «La USTA les ofrece» por todas partes acaba por fatigar, creo yo; acaba agobiando de la misma forma en que agobia el autobombo, y tengo que decir que me produjo cierto placer poco amable cuando en los tornos de la Entrada Principal vi a mucha gente que entraba para los partidos de la tarde y señalaba el letrero enorme de encima de la Entrada Principal y se preguntaban los unos a los otros qué demonios era la «USTA», haciendo rimar el nombre con la forma en que en Boston pronuncian las palabras inglesas «buster» o «Custer». <<

[12] Los nombres de todos los patrocinadores están en un tablero azul enorme (realmente enorme) que hay nada más entrar por la Entrada Principal del Centro Nacional del Tenis, con los nombres de los «patrocinadores que presentan» los grandes eventos impresos con mayúsculas enormes y luego, a la derecha, en mayúsculas más pequeñas, los patr. que pres. eventos más pequeños —los dobles masculinos para mayores de 35, el Masters de dobles mixtos—, así como otros patrocinadores cuyo rol no está claro, más allá del hecho de que han pagado una cuota por tener casetas de venta en los lugares apropiados y/o tener una caseta de relaciones públicas en el recinto y un puesto propio dentro de las Zonas de Acogida de Empresas (además, por supuesto, de tener su nombre en el tablero azul realmente enorme). Les incluyo aquí el programa entero del letrero, a escala muy reducida: en el centro (claro está): «LA USTA LES OFRECE EL OPEN DE ESTADOS UNIDOS 95»; a la izquierda, Infiniti, *Redbook*, Prudencial Securities, Chase Manhattan, FujiFilm, MassMutual; a la derecha: American Express, AT&T, Ben Franklin Crafts, Café de Colombia, Canon, Citizen Watch Company (Citizen también tiene su nombre en todos los enormes relojes de las Pistas, tanto los que dan la hora como los que muestran el tiempo de partido transcurrido), Evian Natural Spring Water, Fila USA, Häagen-Dazs Co. Inc., Heineken, IBM, K-Swiss, The New York Times (y uno se pregunta, pues, cómo de objetiva o agresivamente podría informar este diario de lo sucedido si el torneo de este año se pusiera muy aburrido o si estuviera mal llevado o amañado de alguna manera, etcétera), NYNEX, Pepsi-Cola, Sony, Tampax (que ahora que Virginia Slims ya no puede patrocinar a la Asociación Femenina de Tenis por razones de corrección política, hizo una oferta para ser el nuevo patrocinador del circuito, pero la oferta fue rechazada, por razones que no se han hecho públicamente explícitas pero que probablemente sean divertidas), Tiffany and Co., Wilson Sporting Goods, la revista *Tennis* de toda la vida (que a su vez es propiedad de la *New York Times Co.*, de manera que el *Times* se las apaña para colarse astutamente dos veces en el Tablero), y algo llamado VF Corporation. <<

[13] Otro rasgo simpático que presenta Sampras es el hecho de que suda todos los pantalones cortos de color azul pastel de una forma embarazosa que sugiere incontinencia urinaria y que permite ver a todo el mundo el sitio exacto donde tiene las correas del suspensorio atlético (dado que al cabo de un rato tiene toda la parte superior de los pantalones cortos sudada salvo una zona más seca que tiene la forma y el tamaño exactos de un suspensorio). Esto lo pueden captar hasta las toscas imágenes de la televisión, y creo que me gusta tanto porque humaniza a Sampras y me permite identificarme con él, que es algo que suele impedirme la tremenda belleza sobrenatural de su juego. Para mí, otros jugadores trascendentales del pasado mostraban flaquezas igualmente humanizadoras, como los arranques irracionales de resentimiento de McEnroe, el hábito que tenían tanto Lendl como Navratilova de ponerse de vez en cuando tan nerviosos y emperrarse tanto con un punto que casi les entraban espasmos y la pelota pegaba contra el suelo *antes* de llegar a la red, o bien el gesto compulsivo que tenía en la pista Connors de tocarse y recolocarse los testículos dentro del suspensorio, como si necesitara saber dónde estaban en todo momento. <<

[14] De acuerdo con el chófer de la limusina de M. Chang, en Nueva York están viviendo el intervalo sin lluvias más largo de toda su historia. No sé si es verdad o si es que a los neoyorquinos les han prohibido que rieguen los crisantemos que tienen en los maceteros de las ventanas o qué, pero sí que sé que no ha habido ni un solo retraso causado por la lluvia en lo que llevamos de torneo, y que los directivos tanto de la CBS como de la USTA se pasean por ahí todos satisfechos de una forma que no llega a ser pavonearse pero casi. <<

[15] Subir a la parte alta de la Pista Estadio viene a ser así: dejas atrás diez filas de asientos de color azul oscuro —butacas reales de plástico, los asientos del palco—, luego quince filas de asientos ostensiblemente menos cómodos de plástico moldeado gris, y a continuación (subiendo ahora por unos peldaños tan altos que producen la misma impresión que una escalinata le debe de producir a un niño) incontables filas de simples gradas rojas, el territorio de las gorras de los Mets vueltas del revés, de los tatuajes, de las zapatillas deportivas altas con cordones desatados, de los espesos acentos nasales de Brooklyn y del enorme clic-clic colectivo que hacen los vasos de plástico vacíos del Liquor Bar al ser arrastrados por la brisa por el cemento de los pasillos de las gradas... es un ascenso durante el cual los oídos te chasquean y el oxígeno empieza a escasear y la perspectiva de la pista se vuelve espantosa, como la perspectiva desde un rascacielos, y los jugadores parecen insectos y la muchedumbre se mueve y se agita de una forma nauseabunda que hace que la estructura entera del Estadio parezca agitarse y bambolearse ligeramente. <<

<sup>[16]</sup> (*sic*: no es broma). <<

[17] El ciberpeinado al rape que lleva Agassi en 1995, sus zapatillas de tenis negras y sus extrañas nuevas camisetas estilo combatiente de la resistencia francesa lo han hecho todavía más popular entre los fans masculinos del Open de este año y sólo un poquito menos fascinantemente *sexy* para las fans femeninas. (La condición de símbolo sexual de Agassi es un fenómeno profundamente misterioso para la mayoría de los hombres que conozco, puesto que todos estamos de acuerdo en que salta a la vista que Agassi es un mequetrefe de cara blandengue, con un cráneo de forma extraña [que el pelo al rape ha hecho todavía más llamativo] y esos andares de pasitos diminutos de un colegial que lleva los calzoncillos demasiado subidos; a todos nos sigue resultando completamente incomprensible el atractivo que tiene Agassi para las mujeres). <<

[18] Las taquillas del Centro Nacional de Tenis abren a las diez de la mañana, y la gente empieza a hacer cola ya a las seis con la esperanza de conseguir uno de los pases generales de día, y los diversos incentivos y dramas que tienen lugar en esta cola matinal de neoyorquinos curtidos darían para otra crónica en sí mismos. <<



[20] Así se llama en realidad el parque donde está el Centro Nacional del Tenis de la USTA, un nombre que capta casi a la perfección la esencia de lo que es el verano en el nordeste de Queens, connotando a partes iguales las cloacas urbanas, el bucolismo residencial y el sol apabullante. <<

<sup>[21]</sup> Los revendedores piden y obtienen 125 dólares por un pase general y (por lo menos en un caso) el doble de esa cantidad por una butaca de la Fila 11 de la Pista Estadio para ver los partidos de la tarde. La recta final del paseo que lleva hasta la Entrada alberga a abundantes revendedores, que hacen sus llamamientos llenos de elipsis desde el césped de los márgenes, y sin embargo (por extraño que parezca), hay el mismo número de individuos de aspecto furtivo plantados en los márgenes y preguntando en voz alta si a alguien le sobra una entrada, o si alguien se quiere vender la suya, que de revendedores. Los revendedores y las personas extrañas que piden que alguien les revenda entradas no parecen verse los unos a los otros, y se dedican todos a hacer sus llamamientos simultáneos en voz baja, y esto le confiere una tristeza surrealista al tramo del paseo previo a la Entrada, como si fuera un estudio sobre la desconexión. <<

[22] (Knowles tiene el mismo tipo de estilo emocional perpetuamente agraviado que tenía J. P. McEnroe, con la diferencia de que a McEnroe la manía persecutoria le venía derivada de esa neurosis de alta tensión que sufren los genios verdaderos, mientras que en el caso de Knowles no es más que mal humor grosero, gruñón y victimista. Durante todo el verano, mientras seguía el circuito, el Loco de las Bahamas ha sido el único jugador de la ATP al que he visto jugar confiando siempre en que le pegaran una paliza). <<

[23] (Nestor parece bastante buen tipo, sin embargo). <<

<sup>[24]</sup> (el sabio rey de Pilos y tal). <<

[25] En 1979 jugué una vez dos partidos a cinco sets en un extraño torneo juvenil que no era de la USTA y que se celebraba en las afueras de Chicago, y uno de los partidos duró cinco sets y el otro cuatro, y aunque yo tenía diecisiete años, me pasé varios días después caminando como un anciano. Y como la flexibilidad emocional es algo casi imposible para un juvenil, recuerdo haberme dado cuenta de que todos los que habíamos jugado a 3/5 salimos de allí con pinta de estar completamente destrozados emocionalmente, con los ojos vidriosos y esas miradas perdidas de los supervivientes de pogromos. Desde entonces siento una compasión empática especial por los jugadores masculinos de los torneos Grand Slam, cuando los miro. <<

[26] Sampras es capaz de dar la impresión de que se desmaterializa después de darle a la pelota y vuelve a materializarse en otra parte, ya perfectamente colocado para el tiro siguiente. No tengo teoría alguna para explicar cómo lo hace. El único otro jugador que recuerdo que parecía capaz de desaparecer y aparecer de la misma manera era Ken Rosewall. (E. Goolagong también podía hacerlo, pero no todo el tiempo). <<

[27] Como Nueva York es una de las ciudades más plagadas de tornos del mundo, los neoyorquinos empujan los tornos al pasar con el mismo ímpetu elegantemente despreocupado que muestran los jugadores de élite mundial en los calentamientos. << [28] Este recoge-entradas, que acabó siendo sin lugar a dudas mi personaje favorito de todo el Open 95, accedió a concederme una breve entrevista pero no quiso revelar su nombre: al parecer, el torneo sí que tiene brumosas figuras dirigentes olímpicas cuya cólera temen los empleados. Este recoge-entradas tiene sesenta y un años, ha «trabajao los tornos», como él dice, en todos los Opens de Estados Unidos desde las emocionantes derrotas en cinco sets que Ashe infligió a Graebner y Okker en Forest Hills en el 68, y cree que el CNT de Flushing Meadows es inferior en todos los sentidos imaginables al viejo Forest Hills; también asegura que el estadio a medio construir que acecha en el horizonte meridional es grotesco y absurdo, puesto que situará los asientos baratos en los mismísimos límites de la capacidad visual humana y un partido visto desde allí se verá igual que desde un Boeing que se acerque, además de que el nuevo estadio ha sido una inversión chanchullera desde el principio y está infestada de corrupción y malversación y podredumbre administrativa en general: el tipo es increíblemente elocuente y está lleno de anécdotas y además resulta totalmente conmovedor su feroz apego a un deporte que él jamás ha jugado en persona, y en mi opinión está claro que se merece un perfil individual de la revista Tennis el año que viene. Su paso anual por el Open marca sus dos semanas de vacaciones de su trabajo normal de cobrador de peajes en el tristemente célebre Puente de Throgs Neck, entre Queens y el Bronx sur, un dato que podría explicar su firmeza pétrea frente a tácticas intimidadoras como por ejemplo la de esgrimirle un teléfono móvil delante de las narices. <<

[29] El Calendario de Resultados de la Jornada tiene la distinción de ser el artículo a la venta más barato del Open de Estados Unidos de 1995. El segundo más barato es el Refresco Pequeño y atiborrado de hielo, que vale dos dólares y medio. <<



[31] (... unas palomitas de esas de color amarillo intenso y atiborradas de sal que es indispensable acompañar con una bebida; lo mismo se puede decir de los pretzels de masa esponjosa grandes y calientes que se venden en las casetas y de los pretzels estilo carrito de la calle de Manhattan, recubiertos de esos granos de sal tan grandes que hay que arrancarlos de un mordisco y masticarlos por separado. Los pretzels del Open de Estados Unidos valen tres dólares, salvo en la caseta del International Food Village situada en el lado sur de la Pista Estadio, una especie de orgía comprimida de puesto de comida y comedor abarrotado, donde los precios de los pretzels están rebajados a dos dólares y medio la unidad). <<

[32] Piensen, por ejemplo, en una escuálida barrita de helado Häagen-Dazs escuálida de verdad, da para cinco bocados como mucho— que cuesta la vil cantidad de tres dólares, y como sucede con casi toda la comida de las casetas de aquí, uno se siente extorsionado y escandalizado por su precio hasta el momento en que la muerde y descubre que es una barrita magnífica de helado Häagen-Dazs. Lo cierto es que cuando estás hambriento de tanto que has tomado el sol y el aire fresco y de tantos partidos que has visto y de tanto salivar empáticamente como un poseso de ver al resto del público zampar, las barritas Häagen-Dazs siguen sin valer tres dólares, pero sí que valen dos dólares y medio. Lo mismo pasa con los refrescos y las palomitas; lo mismo con los perritos con chucrut que se venden en las casetas humeantes de Coney Island Refreshment, por un precio que a primera vista parece completamente demente e inaceptable de cuatro dólares; luego, sin embargo, descubres que son superlargos y que están buenísimos, y que el chucrut es de ese superpringoso y que huele mucho y que da asco cuando no te apetece el chucrut pero que resulta extáticamente delicioso cuando sí que te apetece. Y aunque me quejé en ambas ocasiones, me compré dos perritos con chucrut, y tengo que admitir que me satisficieron con una intensidad que valía, por lo menos, tres dólares con veinticinco.

También tengo que admitir que el Café de Colombia era GRATIS en todas las casetas del recinto del CNT durante el fin de semana del Día del Trabajo, como parte de la salvajemente agresiva campaña de *marketing* desplegada por Juan Valdez en Flushing Meadows. Esto parecía un chollo hasta que resultó que el noventa por ciento de las casetas afirmaban que se les había «acabado de forma temporal» el Café de Colombia por razones misteriosas, de manera que terminabas apoquinando dos dólares y medio por un vaso de Coca-Cola Light con demasiado hielo, puesto que a esas alturas ya llevabas demasiado tiempo haciendo cola frente a la caseta como para marcharte con las manos vacías. No es creíble que a las casetas realmente se les hubiera terminado el café —«GRATIS» representa el precio en el que la curva de la demanda alcanza su punto más extremo, tal como sabe cualquiera que se dedique al *marketinq*—, y el curtido consumidor americano que llevo dentro tuvo la fuerte sospecha de que en algunos de aquellos stands funcionaba una operación de atraer clientes con una falsa oferta para después pegársela, unos stands cuyos dependientes conseguían transmitir la impresión de estar saliendo con permiso especial de la Isla Rikers para acudir al trabajo, o bien de estar sacándose un sobresueldo añadido a su ocupación real de tipos malcarados que acechan de madrugada en la Autoridad Portuaria o en la Penn Station.

Pero bueno, a lo que yo iba es a que todas las casetas de la CNT tenían largas colas constantemente y a que en todo momento se podía ver a un 66 por ciento largo de las

multitudes de las pistas Estadio y Tribuna ingiriendo algún artículo de las casetas. <<

[33] Y a fin de quedar debidamente impresionados por el volumen de consumo de las casetas, tienen que recordar ustedes el engorro que es ir a buscar algo a las casetas cuando uno está mirando un partido de tenis profesional. Piensen por ejemplo en la Pista Estadio. Primero toca abandonar tu asiento durante la pausa nonagésimo segunda entre juegos, luego tienes que bajar haciendo un eslalom por las rampas abarrotadas de la pista hasta la caseta más cercana, aguantar en una cola larga y hobbesiana, abonar una cantidad cercana a la extorsión y luego arrastrarte de vuelta rampa arriba, bamboleándote y zigzagueando para que los codazos de la gente no te tiren al suelo tus preciosos aperitivos adquiridos en las casetas y los añadan al crujiente sustrato orgánico de artículos derramados sobre el que caminas... Y, por supuesto, para cuando encuentras la rampa que lleva de vuelta a tu sector de asientos, la pausa nonagésimo segunda del partido ya hace rato que se acabó, y normalmente también la siguiente, de manera que ya te has perdido por lo menos dos juegos, y el partido se ha reanudado, y los ujieres que protegen las gruesas cadenas te impiden que vuelvas a entrar, y tienes que quedarte ahí en un pasillo de cemento sin ventilación con el suelo pegajoso y en bajada, apretujado entre montones de otras personas que también se marcharon para buscar un aperitivo y ahora están esperando a la siguiente pausa del juego para regresar a sus asientos, todos apiñados ahí, con el hielo derritiéndose y el chucrut coagulándose y tratando de ponerse de puntillas para asomarse por el diminuto arco encadenado de luz que hay al final del túnel y así divisar tal vez un vislumbre verde de pelota o algún fragmento surrealista del muslo izquierdo de Philippoussis corriendo poderosamente hacia la red o algo parecido... La paciencia de los neoyorquinos para las multitudes, las colas y las esperas resulta muy impresionante si no estás acostumbrado a ella; son capaces de permanecer todos inactivos en lugares sin aire durante periodos extensos, con unas expresiones en los ojos que indican esa combinación neoyorquina única de meditación y depresión clínica, claramente infelices pero sin quejarse para nada. <<

[34] El *souvenir* más popular del Open 95 parece ser un pañuelo para la cabeza blanco y con esa pequeña alita solitaria distintiva de Nike<sup>[\*]</sup> que si te lo atas bien a la cabeza te queda justo en la frente. Un accesorio indumentario popularizado por ya saben ustedes quién. Todos los chavales que vi en Flushing Meadow llevaban uno de esos pañuelos blancos Nike, y una imagen bastante común el domingo era la de un padre agobiado intentando atarle el pañuelo en la posición correcta en la frente a su hijo mientras éste se dedicaba a apoyarse primero en un pie y luego en el otro, impaciente. (Créanme, mejor no les digo el precio de venta al público de estos pañuelos). <<

[35] Hay por lo menos cuatro de estas casetas de «Artículos especiales FERON del Open de Estados Unidos» situadas en varios puntos con alta densidad de tráfico del recinto del CNT. Los dos rasgos distintivos de las casetas de ropa de FERON son: 1) que tienen cajas registradoras diferentes para las compras en metálico y con tarjetas de crédito, y 2) que ninguno de los empleados que atienden esas cajas registradoras parece tener más de once años. <<

[36] Las entradas de las sesiones de día y de noche se venden por separado y hay en marcha una serie de mecanismos muy complicados para impedir que la gente que tiene entradas sólo de día se quede más tarde de las ocho y gorree por la cara los eventos de la noche. <<

[37] Los neoyorquinos también tienen una capacidad asombrosa para ocuparse de sus propios asuntos e ir a su bola y no percibir que está pasando nada indecoroso, una capacidad que me impresiona cada vez que vengo aquí y que siempre parece situarse en algún punto del espectro que va del estoicismo a la catatonia. <<

[38] Por cierto, no cabe duda de que se enorgullecerán ustedes de saber que, más de media hora después, por fin encontré un sitio tranquilo donde encogerme y engullir la cena. Una de las cosas chulas y gratuitas que hace el Open 95 es abrir unas cuantas de las pistas pequeñas del Centro Nacional del Tenis para que juegue el público de a pie después de que se ponga el sol. Apuesto a que era por eso por lo que había gente entre el público de la Pista Estadio que llevaba raquetas. En todo caso, me parece un gesto majo, y ya se pueden imaginar ustedes lo emocionante que les debe de resultar a un par de niños jugar en una pista que todavía conserva vestigios de goma de las zapatillas de los profesionales que han jugado en ella: está claro que los profanos que juegan en ella se sienten importantes y que reciben mucha atención de los transeúntes del recinto, que ahora están acondicionados para mirar con atención cada vez que oyen el sonido de una pelota, y resulta interesante mirar cómo cambian las caras de esos transeúntes al cabo de dos o tres segundos, cuando se dan cuenta de qué y a quién están mirando. Las pequeñas gradas de estas pistas secundarias donde juega el público suelen estar comprensiblemente vacías; y fue en una de aquellas pequeñas gradas donde acabé cenando. Estaban jugando un tipo de treinta y tantos y su mujer, ella con una visera para el sol que resultaba un poco innecesaria y el marido pegando demasiado fuerte a la pelota, como resultado de haberse pasado toda la tarde viendo a profesionales arrearle a la pelota con todas sus fuerzas. La única otra ocupante de la tribuna era una de las jóvenes y atractivas empleadas de relaciones públicas que tanto café gratuito me habían regalado todo el día junto a la EP, allí sentada, con el contorno de Valdez estampado en la camiseta y comiendo de una bandeja de poliestireno con compartimentos y con la tapa abierta a un lado. Le habían desaparecido la sonrisa profesional y el centelleo de los ojos, de manera que ahora ya tenía más pinta de ser la neoyorquina endurecida que era. Comía mirando con cara impasible al marido que le mandaba pelotas a toda pastilla a su mujer. Estaba allí claramente por la misma razón que yo, para tener un poco de tranquilidad mientras cenaba, además de para darse un respiro que le permitiera relajar la cara de su expresión jovial mercadotécnica. Sentí una especie de conexión entre nosotros y, desde la otra punta de las gradas donde yo estaba cenando, carraspeé y dije:

—Caray, qué bien encontrar un sitio donde estar un poco a solas, ¿no?

La joven ni siquiera apartó la mirada de la pista mientras carraspeaba y decía:

—Pues sí, hasta hace un momento. <<

[39] (Ambas ofertas tuvieron su atractivo, sobre todo la que era un soborno directo, y sólo el miedo a que me pillaran y a tener que informar a la revista *Tennis* de que me habían retirado el Pase de Prensa por haberme cazado alquilándolo en el mercado negro me impidió hacer mis pinitos en la libre empresa del Open 95). <<

[40] No me creerían ustedes si les contara de qué se trataba, y haría falta mucho espacio y contexto para entenderlo, y piensen que este artículo ya se ha ido de presupuesto hace mucho y que no para de alejarse de su encargo original centrado en el fin de semana del D. del T. <<

[41] (Y bien por él, opino). <<

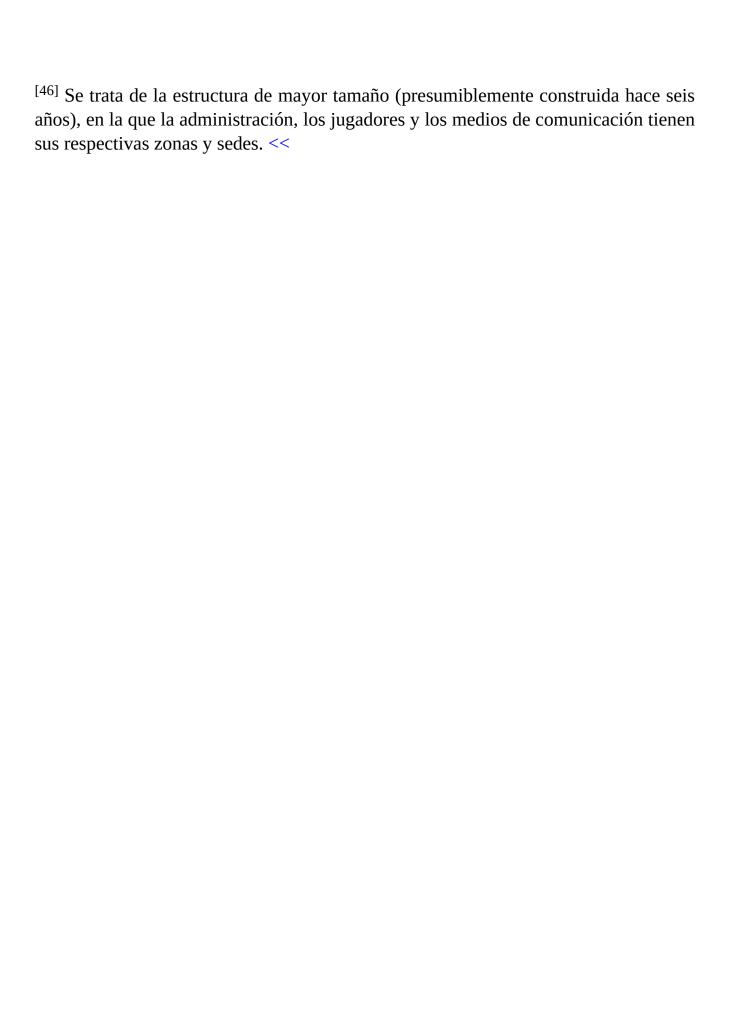
Tener cuerpo presenta muchos inconvenientes. Si esto no es lo bastante obvio como para que a nadie le hagan falta ejemplos, limitémonos a mencionar rápidamente el dolor, las llagas, los malos olores, las náuseas, el envejecimiento, la fuerza de la gravedad, la sepsis, la torpeza, la enfermedad y las limitaciones físicas: todos y cada uno de los cismas entre nuestra voluntad física y nuestra capacidad real. ¿Acaso alguien duda de que necesitemos ayuda para reconciliarnos con la corporalidad? ¿Que la ansiemos? Al fin y al cabo, el que se muere es el cuerpo.

Tener cuerpo también presenta ventajas maravillosas, simplemente se trata de ventajas que cuestan mucho más de sentir y apreciar a tiempo real. A la manera de ciertas epifanías sensuales culminantes y escasas («¡Me alegro mucho de tener ojos para poder ver esta salida del sol!», etcétera), los grandes atletas parecen catalizar nuestra conciencia de lo glorioso que es tocar y percibir, movernos por el espacio e interactuar con la materia. Cierto, los grandes atletas son capaces de hacer con sus cuerpos cosas que los demás solo podemos soñar con hacer. Pero se trata de unos sueños importantes, que compensan muchas cosas. <<

[43] Los medios de comunicación estadounidenses están especialmente preocupados porque ni un solo hombre o mujer americano ha pasado a las semifinales de este año. (Si les interesan a ustedes las estadísticas rebuscadas, es la primera vez que esto pasa en Wimbledon desde 1911). <<

[44] En realidad no se trata del primer episodio entre Federer y un niño enfermo que tiene lugar durante la segunda semana de Wimbledon. Tres días antes de la final masculina, tiene lugar una Entrevista Especial Individual con el señor Roger Federer<sup>[\*]</sup> en una oficina pequeña y abarrotada de la Federación Internacional de Tenis a la que se accede por la tercera planta del Centro de Prensa. Justo después, mientras el representante de jugadores de la ATP está llevándose a Federer por la puerta de atrás rumbo al siguiente compromiso que tiene programado, uno de los tipos de la FIT (que ha estado hablando en voz muy alta por teléfono durante toda la Entrevista Especial) se acerca y le pregunta a Federer si tiene un segundo. El hombre, que posee el mismo acento suave y genéricamente extranjero que todos los tipos de la FIT, le dice: «Escucha, odio hacer esto. Yo normalmente no hago estas cosas. Es para mi vecino. Su hijo tiene una enfermedad. Van a hacer un evento para recaudar fondos, lo tienen planeado y yo te pido si puedes firmar una camiseta o algo, ya sabes, lo que sea». Se lo ve mortificado. El representante de la ATP lo está fulminando con la mirada. Federer, sin embargo, se limita a encogerse de hombros y asentir con la cabeza. «No hay problema. Te la traigo mañana». Mañana es la semifinal masculina. Está claro que el tipo de la FIT se refería a una camiseta del propio Federer, tal vez incluso de las que use en el partido, sudada por Federer. (Después de los partidos, Federer tiene costumbre de tirarle al público sus muñequeras usadas, y la gente sobre la que aterriza no parece asqueada sino complacida). El tipo de la FIT, después de dar gracias tres veces muy deprisa a Federer, niega con la cabeza. «Odio hacer esto». Y Federer, mientras sale por la puerta: «No es problema». Y no lo es. Igual que todos los profesionales, Federer se cambia de camiseta varias veces durante los partidos, y puede pedir a alguien que le guarde una para firmarla después. Tampoco es que Federer esté siendo Gandhi: no se para a preguntar detalles sobre el niño o su enfermedad. No finge que le importa más de lo que le importa. La petición no es más que una obligación más, pequeña y ligeramente molesta, con la que tiene que cumplir. Pero dice que sí, y además se acordará de hacerlo, se le nota. Y no dejará que le distraiga; no lo permitirá. También se le dan bien esas cosas. <<

<sup>[45]</sup> Los saques de los tenistas masculinos de élite alcanzan velocidades de entre 200 y 220 km/h, cierto, pero lo que no dicen ni las lecturas del radar ni los gráficos es que los tiros de fondo de los tenistas masculinos que juegan con el estilo moderno de juego de fondo a menudo viajan a velocidades de 150 km/h, que es la velocidad de las pelotas más rápidas de la liga profesional de béisbol. Si pueden acercarse ustedes lo bastante a una pista profesional, oirán un *sonido* que emite la pelota en su vuelo, una especie de susurro líquido, causado por la combinación de velocidad y efecto. De cerca y en directo, también entenderán ustedes mejor esa «postura abierta» que se ha convertido en gran medida en emblema del estilo moderno de juego de fondo. El término, a fin de cuentas, sólo quiere decir no ponerse plenamente de costado a la red antes de hacer un tiro de fondo, y la razón de que haya tantos practicantes de ese estilo de juego que golpean desde la postura abierta es que ahora la pelota les viene demasiado deprisa como para girarse del todo. <<



<sup>[47]</sup> Algunos, como animados que gente	Nadal o Serena de verdad. <<	Williams,	parecen	más su	perhéroes	de dibujos

[48] Cuando durante la ya mencionada Entrevista Especial Individual se le pregunta por ejemplos de otros atletas cuyas actuaciones le parezcan bellas, Federer menciona primero a Jordan, después a Kobe Bryant y por fin a los «futbolistas como... los que juegan muy relajados, como Zinédine Zidane o alguno así: hacen un gran esfuerzo, pero dan la impresión de que no les hace falta esforzarse mucho para obtener resultados».

La respuesta que da Federer a la pregunta siguiente, que es qué piensa él cuando los expertos y otros tenistas describen su forma de jugar como «bella», resulta interesante principalmente porque la respuesta es agradable, inteligente y solícita —tal como es el mismo Federer—, sin decir nada realmente (porque, para ser justos, ¿qué puede uno decir sobre el hecho de que los demás lo describan como bello? ¿Qué dirían ustedes? Es una pregunta en última instancia estúpida):

«Siempre es lo que la gente ve primero. Para la gente, es tu "fuerte". Cuando uno miraba jugar a John McEnroe, ya sabes, ¿qué era lo que veía? Pues veía a un tipo con un talento increíble, porque no había nadie que jugara como él. Su forma de jugar con la pelota se basaba completamente en el *tacto*. Y luego pasabas a Boris Becker e inmediatamente veías a un jugador *de potencia*, ya sabes, ¿no?<sup>[\*]</sup> Cuando me ves a mí jugar, pues ves a un tenista que juega bonito. Después puede que veas también que es un jugador rápido, puede que veas que tiene un buen drive, puede que veas que tiene un buen servicio. Pero primero, ya sabes, te haces una idea básica, y a mí me parece muy bien, ya sabes, y tengo mucha suerte de que me consideren básicamente un jugador "bonito", ya sabes, por mi estilo de juego. Otros tienen primero el hecho de "machacar" al oponente, otros son jugadores "potentes", otros se consideran "rápidos". En mi caso, pues soy "el que juega bonito", y eso mola bastante». <<

[49] Federer en persona apoya esta afirmación en nuestra Entrevista Individual Especial: «Es interesante, porque esta semana, fíjate, Ancic [nombre de pila Mario, el altísimo jugador croata del Top-Ten a quien Federer derrotó el miércoles en cuartos de final] jugó en la Pista Central contra mi amigo, ya sabes, el jugador suizo Wawrinka [nombre de pila Stanislas, compañero de equipo de Federer en la Copa Davis] y yo fui a verlo jugar al sitio donde se suele sentar, ya sabes, Mirka [Vavrinec, antigua tenista femenina del Top-100, retirada por lesión, que ahora básicamente ejerce de la Alice B. Toklas de Federer], y me puse a ver, por primera vez desde que vengo a Wimbledon, me puse a ver un partido en la Pista Central, y a mí también me sorprendió, fíjate, lo deprisa que va el servicio y lo deprisa que hay que reaccionar para devolver la pelota, sobre todo cuando el que saca es un tipo como Mario, ya sabes, ¿no? Pero es que cuando el que está en la pista eres tú, todo es completamente distinto, ya sabes, porque en realidad lo único que ves es la pelota, y no ves la velocidad de la pelota...». <<

[50] Aquí estamos haciendo los cálculos como si la pelota volara igual que vuela el cuervo, para simplificar. Por favor, no le introduzcan más correcciones. Si quieren incorporarle el bote del servicio y calcular la distancia total que recorre la pelota en forma de suma de los dos lados más cortos de un triángulo no recto<sup>[\*]</sup>, adelante, pues: acabarán ustedes con entre dos y cinco centésimas adicionales de segundo, que no son relevantes. <<

<sup>[51]</sup> La preparación física también es importante, pero esto se debe sobre todo a que lo primero que la fatiga física ataca es el sentido cinestésico. (Otros antagonistas son el miedo, la inhibición y el nerviosismo extremo: razón por la cual hay tan pocas psiques frágiles en el tenis profesional). <<

[52] La mejor analogía para un profano probablemente sea la comparación con la forma en que un conductor experimentado puede llevar a cabo la miríada de pequeñas decisiones y ajustes que caracterizan la buena conducción sin tener que prestarles ninguna atención real. <<

[53] (... es decir, dando por sentado que lo que dice el cartel de «gracias a un potente efecto liftado» modifique al verbo «dominan» y no al sujeto «los tiradores más fuertes», y es que ambas cosas son posibles: la gramática es una ciencia equívoca).



<sup>[55]</sup> En términos formales, gracias a sus drives parecidos a latigazos, a sus golpes letales con una mano y a su tratamiento implacable de las pelotas cortas, Lendl fue una especie de precedente de Federer. Pero el checo también era rígido, frío y brutal; su juego era temible pero no bello. (Mi compañero de dobles en la universidad solía decir que ver jugar a Lendl era como ver *El triunfo de la voluntad* en 3-D.). <<





[58] En el tercer set de la final de 2006, con empate a tres juegos y 30-15 en el marcador, Nadal manda su segundo servicio alto a la izquierda de Federer. Está claro que a Nadal lo han entrenado para que tire alto y fuerte a la izquierda de Federer, y eso es lo que hace, punto tras punto. Federer devuelve la pelota cortada al centro del campo de Nadal y se queda medio metro corto: no lo bastante corto como para permitir que el español le gane un punto, pero sí lo bastante como para obligarlo a adentrarse un poco en la pista, a lo que Nadal responde tomando impulso con el brazo y poniendo todas sus fuerzas en un drive potente orientado (nuevamente) a la izquierda de Federer. La velocidad que le imprime a la pelota implica que Nadal todavía está retrocediendo hacia su línea de fondo mientras Federer despega los pies del suelo y le arrea un revés muy fuerte con efecto liftado y sin cruzar hacia la banda de dobles de Nadal, que Nadal —descolocado pero poseedor de una velocidad de clase mundial— alcanza a responder con una mano a las profundidades (nuevamente) del lado izquierdo de Federer, pero esta pelota le queda lenta y suspendida, y a Federer le da tiempo de rodearla y pegarle un drive de dentro a fuera, un drive que es el golpe más fuerte de todo lo que llevamos de torneo, con el efecto liftado justo para clavarla en la esquina del lado izquierdo de Nadal, y el español llega hasta allí pero no consigue devolverla. Ovación enorme. Nuevamente, lo que parece un punto obtenido claramente desde la línea de fondo en realidad fue preparado por aquella inteligente pelota cortada semicorta, y también se debe a lo predecible que resulta Nadal en relación al sitio al que tira todas las pelotas y lo fuerte que las tira. Sin embargo, está claro que Federer ha machacado con ese último drive. Los espectadores intercambian miradas y aplauden. Lo que pasa con Federer es que es Mozart y Metallica al mismo tiempo, y esa armonía resulta exquisita.

Por cierto, es más o menos en este momento, o bien durante el siguiente partido que le veo jugar, cuando se me juntan dentro tres cosas. Una es una sensación de intenso privilegio personal por estar vivo para ver esto; otra es la idea de que lo más seguro es que William Caines también esté aquí en algún lugar del público de la Pista Central. La tercera es el recuerdo repentino de la seriedad con que el conductor del autobús de prensa me prometió justamente esta experiencia. Porque la experiencia llega. Cuesta de describir. Es como un pensamiento que también es una sensación. Uno no quiere darle demasiada importancia, ni tampoco fingir que se trata de ninguna clase de equilibrio equitativo; eso sería grotesco. Pero la verdad es que la misma deidad, entidad, energía o flujo genético arbitrario que produce niños enfermos también ha producido a Roger Federer, y miren lo que está haciendo. Mírenlo. <<

[\*] Las implicaciones clásico-peloponesias del nombre *Nike* y de hacer que todos esos chavales vayan por ahí con alitas de Nike en la frente como si fuera ceniza del Miércoles de Ceniza me parecen demasiado obvias como para perder el tiempo explicándolas. <<

[\*] (Sólo las consideraciones de espacio y credibilidad básica me impiden hacer aquí una descripción completa de las complicaciones que implica obtener una de esas Entrevistas Individuales. En pocas palabras, viene a ser como aquella vieja historia de alguien que escala una montaña para hablar con el hombre que está sentado en la cima en la postura del loto, con la salvedad de que en este caso, la montaña se compone exclusivamente de burócratas del mundo del deporte). <<

[\*] [Nota: Los grandes tics de Federer cuando conversa son «ya sabes» y «puede que». En última instancia son tics que resultan útiles porque sirven como recordatorios de lo atrozmente joven que es. Por si les interesa a ustedes, el mejor tenista del mundo va vestido con pantalones de chándal blancos y una camiseta blanca de microfibra de manga larga, posiblemente Nike. No lleva chaqueta de chándal, sin embargo. Su apretón de manos tiene una firmeza tan sólo moderada, aunque la mano en sí es como una lima de carpintero (por razones obvias, los tenistas suelen tener las manos muy callosas). Es un poco más grande de lo que parece por televisión: tiene las espaldas más anchas y el pecho más voluminoso. Está sentado junto a una mesa cubierta de viseras y bandas elásticas para el pelo, que él se dedica a autografiar con un rotulador permanente. Está sentado con las piernas cruzadas y tiene una sonrisa agradable y parece muy relajado; no se dedica a manosear nerviosamente el rotulador. La impresión global que produce es o bien de tipo muy majo o bien de que se le da muy bien tratar con los medios de comunicación, o tal vez (lo más probable) ambas cosas]. <<

